

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y las posibilidades de salir de ella

Partido comunista internacional

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

¡LEAN, DIFUNDAN, SOSTENGAN LA PRENSA INTERNACIONAL DEL PARTIDO! ¡SUSCRÍBANSE!

- el proletario -

Órgano del partido comunista internacional. Precio del ejemplar: Europa : 1,5 € 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.

«el programa comunista»

Revista teórica en lengua española - Precio del ejemplar: 3 €/ 8 FS / £ 2 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3 - Precio de solidaridad: 6 € 16 FS, £ 4 / 40 Krs. / América latina: US \$ 3 / USA et Cdn: US \$ 6

Suplemento a «el programa comunista»

Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5

- Il comunista -

Periódico bimestral. Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 5FS; Suscripción: 8 € £ 6; 25 FS; Suscripción de solidaridad: 16 € £ 12; 50 FS.

- Le prolétaire -

Periódico bimestral. Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 3FS; 350 CFA. Suscripción: 7,5 € £ 10; 30FS; 1'500 CFA. Suscripción de solidaridad : 15 € £ 20; 60FS; 3'000 CFA

- Programme communiste -

Revista teórica. Precio del ejemplar: : 4 € £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4 Suscripción: El precio de 4 ejemplares. Suscripción de solidaridad: 40 € £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina: US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

- Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire». Precio del ejemplar: 1 € £ 1, 3 CHF.

Introducción

La cuestión de la reanudación de la lucha de clase es una cuestión central para el partido de clase del proletariado.

Es una cuestión que contiene aspectos teóricos, políticos y tácticos al mismo tiempo.

Desde el punto de vista de la teoría, la reanudación de la lucha de clase se encuadra en la cuestión más amplia de la necesidad histórica de la lucha de clase, entendida como lucha que el proletariado desarrolla sobre el terreno abierto y declarado del antagonismo entre las clases con el fin de imponer en la sociedad actual, dominada por la clase burguesa, la vía revolucionaria para la solución de todas las contradicciones de la actual sociedad capitalista. La teoría marxista de la lucha de clase está definida, en general, en las primeras líneas del *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx-Engels, de 1848: «**La historia de todas las sociedades que han existido hasta el momento es la historia de la lucha de clases**». La historia de las sociedades divididas en clases es, por lo tanto, historia de lucha entre las clases: entre las clases dominantes, que oprimen a las clases subalternas, y que de esta opresión extraen sus privilegios, refuerzan su propio poder, conquistan otros países y otros mercados, y las clases dominadas que luchan contra la opresión que sufren por parte de las clases dominantes y que, apoyándose en las contradicciones objetivas, económicas y sociales, de las sociedades divididas en clases, tienden a revolucionar la sociedad existente.

En el desarrollo histórico de la **ininterrumpida** lucha entre las clases -**ora latente, ora abierta**, como se escribe en el *Manifiesto* de 1848- no siempre esta lucha termina con la victoria de las clases oprimidas y con la transformación revolucionaria de toda la sociedad; a veces termina con la ruina común de las clases en lucha. Pero el impulso histórico del desarrollo económico de la sociedad, con la llegada del modo de producción capitalista, en tiempos mucho más reducidos respecto al arco histórico que va desde las sociedades antiguas hasta el feudalismo, ha producido un potencial revolucionario extraordinario y universal: el **proletariado**, el ejército de campesinos, esclavos, plebeyos, mozos transformados con la violenta llegada del modo de producción capitalista en proletarios, en trabajadores asalariados, en **sin reservas** -a través de expropiaciones, de expolios y de la imposición de nuevas leyes sobre la propiedad y la propiedad privada- .

El enorme desarrollo económico, universal y universalizador, característico del capitalismo, si por un lado ha simplificado la organización social existente en las sociedades precedentes, escindiendo toda la sociedad burguesa «en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente contrapuestas entre sí: **burguesía** y proletariado», por otro lado ha potenciado de manera nunca vista los factores de dominio de la nueva clase dominante, la burguesía. Pero tal potenciamiento de las clases dominantes burguesas no ha producido la desaparición de los antagonismos entre las clases, sino que ha acentuado estos, volviendo aún más violento el curso histórico de la lucha de clase.

La gran concentración económica que ha empujado la burguesía de todos los países, en una lucha de competencia que se vuelve cada vez más aguda en el mercado mundial, corresponde cada vez más una consecuente, necesaria, centralización política. El Estado moderno, burgués, representa el instrumento principal de dominio de la burguesía, el instrumento principal de defensa de los intereses generales e históricos de la clase burguesa tanto en la lucha de competencia con las clases dominantes de los otros países como en la lucha de clase contra el propio proletariado, sobre todo, y contra el proletariado de los otros países en general. El capitalismo, pasada la fase del liberalismo, de la *libre* conquista del mundo por parte de los países más *civilizados* y capitalístamente avanzados, alcanza así, inevitablemente, la fase de la máxima concentración y centralización, del **monopolio**; a nivel político, la *democracia liberal*, según la cual los dos grandes campos enemigos de los cuales habla el *Manifiesto* de 1848 deberían hallar un interés común en el desarrollo económico general del país, es sustituida por el **fascismo** (destrucción del partido proletario de clase y de las organizaciones sindicales obreras, partido burgués único, sindicato de estado y obligatorio, defensa declarada y, a la vez, imposición de los intereses del capitalismo nacional sobre el mercado mundial, máxima centralización de los intereses del capitalismo nacional sobre el mercado mundial, máxima centralización y concentración capitalista, etc.) es decir, de un método de gobierno a través del cual la burguesía se quita la máscara y desvela su propio antagonismo de clase respecto al proletariado, le combate y le oprime abiertamente en cuanto tal.

El monopolio económico, a través de los trusts y el Estado, que se hace empresario, se desarrolla, a nivel político, en primer lugar marginando y en segundo lugar eliminando todas las instituciones parlamentarias, centrales y locales, sustituyéndolas con órganos administrativos directamente emanados del Estado central. La dictadura económica del capital sobre la sociedad, de la cual la clase burguesa dominante es representante social y política, se refleja en este caso directamente en la dictadura política, demostrando el hecho de que el antagonismo de clase entre burguesía y proletariado empuja a la clase burguesa, en determinados giros históricos, a desembarazarse de todos los oropeles de la democracia y a declarar abierta e ininterrumpidamente, la guerra al proletariado **en cuanto clase antagonista**. Y el reconocimiento de hecho, por parte burguesa, de la teoría marxista de la lucha de clase, de su ineluctabilidad, y del peligro histórico para su poder.

Falta el hecho de que el método de gobierno burgués más eficaz para implicar y someter al proletariado al dominio burgués es el método democrático; pero el desarrollo imperialista del capitalismo ha echado a la basura de los trastos viejos la democracia **liberal**, empujado a la burguesía a extraer del contenido «liberal» el método democrático y manteniendo sin embargo el envoltorio y continuando el engaño así de las masas proletarias a través de una masificación de las prácticas democráticas (se pide el voto para cualquier estupidez) en un intento de compensar la falta de peso específico de las mismas votaciones. Dado el peso que estas prácticas democráticas tienen aún sobre las masas proletarias, la burguesía insiste en alimentar la ideología democrática y la «defensa» de la democracia -como si fuese un «bien de todos»- continúa siendo el *leitmotiv* más importante de la propaganda de la

conservación burguesa, en forma de la lucha «antifascista», de la lucha contra «el terrorismo» o de la lucha contra el «totalitarismo».

Desde el punto de vista general, la lucha entre las clases brota de los antagonismos sociales que contraponen a las clases en la sociedad, se desarrolla a través de la unión de grupos obreros en organizaciones adaptadas para conducir y defender la lucha a través de la definición de objetivos inmediatos y no sólo inmediatos, y de medios y métodos de lucha coherentes con aquellos objetivos. Los proletarios están unidos por su condición de **asalariados**, por estar sometidos para vivir a la esclavitud moderna del trabajo asalariado, es decir, a la obligación de vender su propia fuerza de trabajo a un empresario, privado o público da igual, o mejor, la fuerza de trabajo en el capitalismo es una **mercancía**: se compra y se vende al precio de mercado o bajo coste según las relaciones de fuerza entre el proletariado y la burguesía. Y, como una mercancía, cuando el mercado de la fuerza de trabajo (o mercado de trabajo, como se suele decir) está saturado de brazos respecto a la necesidad de la máquina productiva capitalista, esta mercancía sobra: se deprecia instantáneamente y en grandes cantidades es arrojada fuera del proceso productivo.

La burguesía, durante el largo periodo de su dominio social, ha adquirido una cierta experiencia y sabe que lo que, sobretodo, le permite explotar al proletariado con mayor eficacia es desarrollar en su interior la mayor competencia posible; a nivel de edad, sexo, categoría profesión, cualificación, proveniencia, nacionalidad, religión, organización sindical o política, raza, instrucción, etc. La competencia entre proletarios no nace del hecho de ser hombres o mujeres, en condiciones de poner a disposición del proceso productivo su propia fuerza de trabajo, sino del hecho de ser una mercancía, y como cualquier mercancía la fuerza de trabajo proletaria sufre las altas y bajas del mercado.

Es por esta razón, fundamentalmente, que los proletarios, en la medida en la que no logran superar el escollo de la competencia entre ellos mismos - que se supera sólo organizándose en cuanto trabajadores asalariados en defensa de intereses comunes que superan las más diversas subdivisiones en las cuales la sociedad burguesa y el sistema económico capitalista les constriñe- no logran identificar como verdadero y principal enemigo, como antagonista, al enemigo de clase, a la burguesía, a la clase de los empresarios; permanecen prisioneros, de hecho, de la concepción completamente burguesa que ve en el vecino, en el compañero de trabajo, un competidor peligroso; como el burgués, que tiene una concepción **empresarial** de la vida, ve a cualquier otro burgués. E incluso cuando en el curso de las luchas, los proletarios comprenden que sus enemigos son los capitalistas y los burgueses que administran y gestionan las empresas por cuenta de los propietarios, no están automáticamente en condiciones de sacar las consecuencias inmediatas a nivel organizativo independiente y a nivel de objetivos por los que luchar. Por ello uno de los fundamentos de la acción de las vanguardias de clase, y de los comunistas en particular, es **la lucha contra cualquier competencia entre proletarios**. Cualquier organización inmediata de carácter sindical que no actúe sin cesar sobre esta lucha específica es una organización destinada, antes o después, a reforzar el dominio de la burguesía sobre el proletariado y por ello es

tendencialmente antiobrera. La lucha de los proletarios contra los burgueses es lucha clasista en la medida en que la organización proletaria que conduce y defiende la lucha se dota de objetivos, medios y métodos coherentes con la defensa de los intereses inmediatos de los proletarios, intereses que unen a todos los proletarios no importa de dónde provengan.

La lucha entre las clases, volvemos a subrayar del *Manifiesto* de 1848, se desarrolla ininterrumpidamente, de manera a veces latente y a veces abierta; esto significa que los antagonismos sociales que contraponen a las clases en la sociedad burguesa no sólo existen sino que actúan en las relaciones entre las clases, en sus relaciones económicas, sociales, políticas. El interés burgués de explotar al máximo posible el trabajo asalariado para extraer plusvalor, y por lo tanto plusvalor, cada vez más consistentemente, se opone al interés proletario de hacerse explotar lo menos posible, es decir, a ceder la menor cantidad de trabajo no pagado (el plusvalor). Cuanto más la máquina productiva capitalista se revoluciona, se tecnologiza, más el empresario burgués potencia su propia posibilidad de competir en el mercado; pero para vencer a la competencia, a cualquier empresario burgués, no basta con modernizar los propios instrumentos, las propias máquinas -cosa que antes o después hacen también sus competidores- sino que debe obtener de la propia mano de obra una *productividad* mayor, es decir, en palabras llanas, mayor cantidad de trabajo no pagado.

A este resultado, los burgueses de los países avanzados en términos capitalistas, en los cuales existe un proletariado habituado desde hace más de un siglo a la práctica y a la lógica del reformismo, llegan a través de muchas vías, pero sobre todo a través de la vía del reformismo, de la concertación entre los sindicatos y las asociaciones de empresarios, de los acuerdos y de las leyes. La vía de la negociación pacífica no es nunca, en cualquier caso, la única que toma la patronal; a veces, para hacer pasar rápidamente determinadas agresiones a las condiciones de vida y de trabajo obreras, la burguesía usa otros medios diferentes a las reuniones alrededor de una mesa: despidos, paros, cierres de fábricas, quiebras, deslocalizaciones a otros territorios o países; y a la reacción de lucha de los trabajadores asalariados responde con sanciones disciplinarias, sanciones judiciales, intervenciones de la policía, arrestos y represión.

El tiempo de la negociación y de las mejoras de las condiciones de vida y de trabajo obreras ya pasó, ahora es el tiempo, cada vez más, del **chantaje**: *puesto de trabajo igual a disminución del salario*, sobre todo en periodos de crisis económica; aun si, precisamente en virtud de la crisis económica, no hay ningún patrón (¡ni siquiera el Estado!) que garantice a sus asalariados el puesto de trabajo hasta la edad de jubilación.

El interés burgués ¿qué tiene en común con el interés proletario? Nada, como para el verdugo y el ahorcado la cuerda no es el objeto común, sino el instrumento que el verdugo utiliza para quitar la vida al condenado. La condenada situación en la cual se encuentra el proletariado, sobre todo de las metrópolis imperialistas, se debe a que durante largas décadas este ha sido cogido, a veces de manera extremadamente profunda, en las redes reformistas de la defensa de los intereses considerados «superiores» -de la empresa, del sector del cual forma parte la fábrica, de la economía nacional- sin distinguir

entre los objetivos inmediatos de los intereses exclusivamente proletarios y los objetivos inmediatos de los intereses burgueses, presentados en la mayoría de los casos como intereses recíprocos: «si la empresa «va bien» en el mercado, el trabajo no le faltará a ningún proletario y quizá se logre un aumento del salario»; si, en vez de esto, la empresa entra en crisis, los primeros en pagar los gastos son los proletarios a los cuales se imponen las consecuencias de los costes.

Siempre, sobre el terreno de la crisis de mercado (hay ejemplos a millares, basta pensar en el sector automovilístico, en la química, en el textil, etc.) los reformistas, los colaboracionistas, se ponen en los zapatos de los dirigentes de la empresa, de los empresarios, sosteniendo que los proletarios «deben hacer su parte» - de sacrificios, naturalmente- porque eso tendrá como consecuencia la salvaguarda del puesto de trabajo. Y «puesto de trabajo=salario», por lo tanto posibilidad de sobrevivir.

Y así los proletarios se han habituado a creer que para trabajar y para lograr por lo tanto un salario hace falta responder a las exigencias de los patrones, que hace falta «adaptarse» a las exigencias del mercado, hace falta someterse a las leyes del mercado; y también cuando se utiliza la huelga, como presión sobre la patronal o sobre las instituciones, se debe usar lo menos posible y con las formas menos incisivas sobre los negocios de la empresa y sobre el trabajo de los «otros» proletarios; en realidad la huelga es usada a menudo para hacer gestionar «mejor» la empresa, para que los patrones inviertan más en la empresa haciéndola más «competitiva». El concepto del cual parte el reformista es: los trabajadores asalariados hacen «su» parte, más productividad, ritmos más intensos de trabajo, cúmulo de recortes al poder adquisitivo y a los salarios; por lo tanto, también los patrones deben hacer «su» parte: que se contenten con menores beneficios, que inviertan en la empresa, organicen el trabajo de manera más rentable. En pocas palabras, los trabajadores asalariados, a través de los sindicatos tricolores y colaboracionistas, se deben declarar dispuestos a cualquier sacrificio... para que se salve el puesto de trabajo y para que la empresa en la cual trabajan sea efectivamente competitiva en el mercado.

En tiempos de expansión económica del capitalismo, los proletarios a través de sus luchas -aún embebidas de conciliación social y de complicidad con la buena marcha de la economía empresarial y nacional- han obtenido aumentos salariales y toda una serie de beneficios sobre el terreno normativo, económico, de la salud, de las pensiones, etc. pero con la entrada en un periodo de recesión económica y de crisis, esos beneficios han sido escamoteados y van desapareciendo poco a poco.

La perspectiva con la cual el capital razona, en las relaciones con la fuerza de trabajo asalariada, está muy clara desde hace años: a una competencia que aumenta a nivel mundial sólo se puede responder con el aumento de la productividad y con la reducción de costes. Ambos aspectos se refieren tanto al capital como al trabajo asalariado; el capital tiende a rebajar todos los costes de producción (eventual sustitución de maquinarias obsoletas, ahorro en su mantenimiento, en los ambientes de trabajo, en las materias a transformar, etc.) y el coste del trabajo, entendido tanto en términos de disminución absoluta del salario (menor sueldo per cápita y menos obreros frente a una

producción aumentada) como en términos de aumento de los ritmos de trabajo, de la intensificación del trabajo, de las tareas por obrero, del tiempo de trabajo, etc. Y no hay arma más eficaz para extraer de los obreros mayores energías en el trabajo, y durante un tiempo mayor, que la de ***aumentar la competencia entre proletarios***. La masa de los desocupados, la masa de los trabajadores extranjeros, probablemente clandestinos, son armas de presión potentes sobre la mano de obra ocupada. Y esto es cierto hasta tal punto que en todos los Estados la precariedad del trabajo ha aumentado en progresión geométrica. Hoy existe una cantidad inverosímil de «figuras laborales», a través de las cuales todos los patrones pueden «escoger» a qué tipo de precariedad del trabajo dirigirse para sus exigencias contingentes. El castillo de «garantías», de los amortiguadores sociales, levantado en Europa al acabar la IIª Guerra Mundial y perfeccionado en el periodo de expansión económica del capitalismo, está cayéndose a cachos, y son los capitalistas quienes ganan con ello.

Además del fenómeno clásico de la desocupación (proletarios expulsados del proceso productivo o que nunca han entrado en él) la política burguesa en la confrontación con la fuerza de trabajo, debe afrontar otro fenómeno que se vuelve cada vez más extenso y consistente, el de la ocupación precaria. ¿Y cómo lo afronta? Con el método de siempre: aumentando la competencia entre proletarios a través de la cual los burgueses intentan obtener *tres resultados significativos*: 1) *Usar un número más o menos grande de trabajadores según las condiciones de la competencia en el mercado, tanto nacional como internacional y con «contratos» cada vez más «individuales»* 2) *Bajar el monto salarial puesto a disposición para la fuerza de trabajo empleada en los diferentes ciclos productivos* 3) *Disgregar la organización y la unión de los trabajadores asalariados*. Esto significa llevar a cabo la lucha contra la «rigidez» de la cual el mismo Lama, secretario general de la CGIL (Confederación General Italiana del Trabajo, sindicato mayoritario italiano *ndt*), fue campeón en los años ´70. Cualquier aspecto de los acuerdos sindicales y de los contratos de categoría cifrados a nivel nacional es objeto de discusión: nada está «garantizado» en el tiempo, lo que hoy es válido, mañana puede no serlo ya.

El empeoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de los proletarios no pasa sólo a través del estallido de crisis que el capital debe afrontar, y que, en un 99% de los casos, implica empeoramientos de las condiciones de vida y de trabajo de los proletarios; los capitalistas no esperan a que la crisis estalle definitivamente, sino que «se adelantan», *anticipan* medidas que, si no, estarían obligados a llevar a cabo bruscamente cuando la crisis estalle. El hecho de haber anticipado el ataque a las conquistas salariales y sindicales de los decenios pasados, en un periodo en el cual la crisis económica profunda no se había desarrollado aún, permite a los capitalistas y a su Estado prepararse mejor para lo que deberán afrontar mañana, cuando la situación económica de aguda crisis, una crisis social de grandes dimensiones, en la cual son previsibles numerosas reacciones sociales en los diversos sectores industriales y en todo el territorio nacional. Por ello, aún si en este periodo no habría necesidad de llevar a cabo recortes profundos en el castillo de «garantías» y de amortiguadores sociales, los burgueses lo hacen de cualquier manera, aprovechando sobre todo el hecho de que el proletariado está aún sujeto por

las grandes centrales sindicales tricolores (1) y que no ha podido aún reorganizarse sobre el terreno independiente y clasista.

No sólo, pero jubilandos a las generaciones de obreros que han luchado en los años '50-'70 del siglo pasado, los burgueses evitan el peligro de que las jóvenes levas obreras sean influenciadas de cualquier manera por los viejos obreros que mantienen vivo el recuerdo de las luchas, de los enfrentamientos con la policía, de las largas huelgas, de la solidaridad obrera, aunque todo aquello tuviese lugar bajo la capa del colaboracionismo sindical y político.

Las nuevas generaciones obreras nacidas en los años '70 y '80 se encontraron así completamente a disposición del despotismo de fábrica, de la precariedad del trabajo, de la desorganización obrera sobre el terreno de la defensa de las condiciones elementales de vida y de trabajo. Los sindicatos tricolores, gigantescos aparatos del colaboracionismo y de la desorganización obrera, después de haber prestado su trabajo de demolición de las tradiciones clasistas del proletariado y después de su obra devastadora de influencia oportunista sobre generaciones obreras salidas de la segunda carnicería imperialista mundial y de la gran crisis capitalista de mitad de los años '70, se transformaron en verdaderas Agencias de Trabajo por cuenta de la patronal y de las instituciones burguesas y se están transformando en Banca mediante la captura de los sueldos de las liquidaciones de los obreros reciclándolos en «fondos de pensiones», pensiones que los obreros se arriesgan a no ver nunca más.

Los obreros ¿con qué pueden contar?

¿Con los sindicatos tricolores? No, absolutamente no, dado que su papel es el de hacer pasar en las filas del proletariado las exigencias del capital.

¿Con sindicatos alternativos del tipo Cobas? Quizá, si fuesen «alternativos» en el sentido *de clase*, pero los hechos demuestran que estos sindicatos pequeños no hacen sino recorrer la vía de los grandes aparatos tricolores.

¿Con la experiencia directa de las luchas de ayer? No, porque las luchas de ayer, atrapadas en las redes colaboracionistas de los sindicatos tricolores y en el pantano reformista, no pudieron producir organismos proletarios independientes dedicados a la defensa exclusiva de los intereses inmediatos proletarios y permanentes en el tiempo.

¿Con el aporte de experiencias de lucha clasista de proletarios de otros países, avanzados o atrasados en términos capitalistas? Tampoco, porque estas experiencias episódicas, aún si algunas veces son de gran vigor y dan buenas enseñanzas (la huelga de los mineros ingleses del '74 o del '84, la de los mineros americanos en el '81, la huelga de los trabajadores de los astilleros polacos en 1970 y después en el '80, la huelga de 35 días en la FIAT en 1980

(1) Sindicatos tricolores son aquellos que, en Francia y en Italia, pero siguiendo un modelo común al desarrollo de todos los países del capitalismo avanzado, han adoptado los tres colores de la bandera nacional en detrimento del rojo de la bandera proletaria. Simbólicamente representan la sumisión a los intereses nacionales (y, en menor escala, sectoriales, empresariales, etc.) de la burguesía y el desprecio de los intereses de la clase proletaria. En España, si bien el contenido político de esta sumisión de los organismos sindicales a la burguesía y a su Estado es el mismo que en Francia, Italia o Alemania, el hecho de que la bandera nacional tenga sólo dos colores hace que el término sindicalismo tricolor pierda capacidad explicativa, pudiendo ser sustituido por «sindicalismo rojigualda».

y las huelgas en Italia durante el otoño caliente de 1969, por citar sólo algunas) no han dejado ningún resto organizativo de clase duradero.

¿Con qué pueden contar entonces las jóvenes generaciones de proletarios? Sobre todo consigo mismas, con el hecho de constituir -si bien hoy no tienen conciencia de ello- una fuerza social que será empujada, sobre la escena de la lucha directa contra los capitalistas y contra sus aparatos de defensa, de manera brusca, violenta, «imprevista», a causa de factores objetivos de crisis a la vez económica y social.

Es la sociedad capitalista la que, no obstante los esfuerzos de control económico y social que las clases dominantes desarrollan, provoca terremotos económicos que ponen en crisis a todas las entidades de planificación, gestión y control de la sociedad. De la misma manera que el magma volcánico -léase: acumulación incesante de contradicciones materiales y sociales del desarrollo capitalista a nivel mundial- la fuerza de los antagonismos sociales proyectará al proletariado hacia arriba y no habrá maniobras políticas, negociaciones sindicales, acuerdos «entre las partes», intimidaciones, represión «preventiva» ni arrestos, que puedan impedir su expresión social. El enfrentamiento entre las clases tendrá lugar en los hechos, en la brutalidad material de fuerzas que se contraponen inexorablemente, antes aún que en las cabezas de los protagonistas. Será la misma lucha de clase la que producirá a los obreros más combativos, a los elementos más sensibles a la lucha de clase y a su organización, los cuales encontrarán la fuerza para hacer en pocos meses aquello que no se ha podido hacer en décadas; reorganizarse de manera eficaz y suficiente sobre el terreno de clase, de manera independiente, en defensa exclusiva de las condiciones de vida y de trabajo de los proletarios.

Hay tres causas fundamentales, en los países del capitalismo desarrollado, que caracterizan el atraso del proletariado, desde el punto de vista de clase, en estos últimos decenios:

1. La derrota del movimiento revolucionario y comunista de los años '20 del siglo pasado a manos de la contrarrevolución burguesa y estalinista.
2. La destrucción de los partidos comunistas y de la Internacional Comunista consiguiente a dicha derrota.
3. La destrucción de los sindicatos obreros de clase.

El proletariado en Europa, a cuya cabeza estaba el proletariado ruso guiado por su formidable partido bolchevique que había encontrado en Lenin la máxima expresión de la coherencia marxista, en los años de la primera carnicería imperialista mundial y de la primera postguerra, podía contar con la victoria del Octubre de 1917, con la conquista del poder político en Rusia por parte del partido bolchevique, con la constitución de la Internacional Comunista como primer embrión concreto del partido comunista mundial. En Alemania, en particular, durante 8 años seguidos -de 1915 en plena guerra mundial a 1923- el proletariado manifestó un altísimo grado de combatividad y de lucha anticapitalista; en Polonia, en Hungría, en Italia, el proletariado del campo y de la industria se movilizaba en aquellos mismos años a través de huelgas,

disturbios callejeros e insurreccionales, con gran vigor, dirigiéndose al choque decisivo con las burguesías dominantes y con los residuos de los poderes aristocráticos. En Hungría el movimiento proletario revolucionario tomó incluso el poder político, manteniéndolo durante algunos meses, pero cediendo después a causa de la degeneración socialdemócrata del partido comunista.

Pero la oleada creciente del movimiento proletario en Europa chocó contra el objetivo retardado histórico de la formación del partido de clase, indispensable instrumento y guía de la revolución proletaria y de la dictadura de clase una vez terminada la insurrección victoriosa.

En la Europa industrializada, en América del Norte, donde el capitalismo progresaba en su desarrollo a pasos de gigante sometiendo a todo el planeta a su propio modo de producción, colonizando también los territorios más alejados, el reformismo había logrado impregnar completamente a todos los partidos socialistas transformando sus características originales anticapitalistas en actitudes y en prácticas oportunistas, poniendo los objetivos inmediatos como la prioridad absoluta de la lucha proletaria y adoptando los medios legales de la democracia parlamentaria como únicos medios de la lucha proletaria. Los objetivos históricos de la revolución proletaria primero eran puestos en sordina, después escondidos y finalmente cancelados y combatidos. La lucha a fondo, hasta las últimas consecuencias, contra el poder burgués y el capitalismo, por la destrucción del poder burgués y la transformación de la sociedad de la economía capitalista (mercancía, dinero, beneficio, leyes de competencia, guerras por el predominio en el mercado mundial, mantenimiento de la esclavitud salarial, Estado como organizador de la opresión social) en economía socialista y comunista (superación de la economía mercantil y del beneficio capitalista, organización social armoniosa de la humanidad con el centro en las necesidades humanas y no en las necesidades del mercado) esta lucha histórica entre las clases fue abandonada y sustituida con **la mediación** y la colaboración interclasista.

Desde entonces, el capitalismo se ha desarrollado aún más, transformando a millones de campesinos y a millones de pequeños propietarios en puros proletarios, sometiendo a la mayoría del planeta a la esclavitud salarial. La masa del proletariado en el mundo representa a la gran mayoría de la población, pero esto no implica que el poder político no esté firmemente cogido en las manos de las clases burguesas nacionales.

El falso campo del llamado «socialismo real» -denunciado por nuestra corriente de izquierda comunista desde 1926 como capitalismo que aprovechaba el formidable hito histórico representado por la Revolución bolchevique de 1917 para acelerar la implantación capitalista en las grandes extensiones euroasiáticas de Rusia y después de China y la India -ha demostrado de sobra que siempre ha sido parte integrante del mercado mundial, en el cual fuerzas imperialistas de gran peso (como Rusia y China) han contribuido a arrastrar al proletariado -no sólo al suyo «propio» sino también a aquel internacional -sobre posiciones del nacionalismo burgués, del colaboracionismo y por lo tanto sobre posiciones contrarrevolucionarias. El movimiento proletario ruso, que en los primeros veinte años del siglo XX dio tantas enseñanzas al proletariado de otros países, incluso de países mucho más desarrollados que la atrasada Rusia, fue la primera víctima de la contrarrevolución estalinista y burguesa; la victoria

de la contrarrevolución pasó sobre miles de proletarios rusos eliminados para que no diesen testimonio y no transmitiesen con su ejemplo las enseñanzas de la lucha de clase y revolucionaria a los proletarios de cualquier otro país; y pasó sobre millares de proletarios de todos los países, desde Europa y América hasta China, que vertieron y vierten aún su propia sangre por causas únicamente burguesas.

Es de este abismo de donde el proletariado deberá resurgir, en Europa como en China, en América, Australia o en África y Oriente Medio. Los proletarios para salvarse deberán dar cuenta no sólo del enemigo de clase principal -la burguesía- sino también de enemigos mucho más insidiosos porque provienen de entre sus filas: los estratos sociales vendidos a la burguesía (los bonzos sindicales tricolores, los politicastos de todos los partidos falsamente «obreros»); estratos que en realidad influyen directamente en las masas proletarias a favor de la conservación social y del mantenimiento de la esclavitud salarial. La clase obrera deberá apoyarse únicamente en sus propias fuerzas y reconquistar el terreno del antagonismo de clase abierto: sólo con esta perspectiva encontrará la vía, la energía y la voluntad para cambiar el mundo.

Hay intelectuales que, después de haber abrazado el estalinismo, y después quizá el maoísmo, cuando estos *ismos* daban notoriedad y dinero, discurren desde hace unos años sobre la *desaparición* del proletariado como clase social. Ellos «ven» el comunismo donde nunca ha estado y donde no podía estar y no «ven» a la clase obrera donde está, salvo cuando prende el pánico, y el odio anti proletario, cuando los obreros se presentan sobre el terreno de la lucha clasista para defender sus propias condiciones de vida y de trabajadores asalariados. ¿Qué harán cuando los obreros luchen por objetivos más decisivos como los de la revolución anticapitalista? Desde lo alto de su capacidad cerebral, vendidos a los burgueses, les tratarán de ignorantes y de incívicos, de gente que no sabe administrar la producción, el municipio, el Estado; y no se darán cuenta de que la fuerza social proletaria, en el movimiento de su lucha de clase y revolucionaria, genera las capacidades sobre cualquier terreno, sobre cualquier plano de intervención, del político al administrativo y organizativo, del judicial al científico, cultural o militar. El proletariado revolucionario, al limpiar la sociedad de toda la basura burguesa, se librará también de estos parásitos con un simple golpe de escoba.

El camino de la historia está atravesado por las luchas entre las clases, aún si sus componentes individuales no lo saben, no lo perciben o no lo entienden. La historia abre puertas no sólo por medio de las fuerzas sociales que luchan entre ellas en un enfrentamiento entre conservación social y revolución, sino también por medio de instrumentos específicos, como el partido de clase, que ha tenido y tendrá la tarea de guiar a la fuerza proletaria revolucionaria a completar todo el recorrido necesario para superar los obstáculos que la vieja sociedad opone al nacimiento de la nueva. El proletariado, como ha demostrado más veces en el curso de su desarrollo histórico, puede alcanzar niveles importantes de enfrentamiento con las clases adversas (como en la Comuna de París en 1871, en las luchas contra la guerra en Alemania, en Polonia, en Hungría en los años que van de 1915 a 1920, en los motines revolucionarios como en China en 1927) pero no llegará a vencer de manera decisiva al enemigo de

clase sin la guía de su partido (como sucedió en Rusia en 1917 y en la larga guerra civil de 1918 a 1921) único órgano que representa la **conciencia de clase**, es decir, que conoce todo el recorrido histórico que es necesario para pasar de la sociedad capitalista a la sociedad socialista y comunista; un recorrido que prevé la reorganización del proletariado en asociaciones económicas independientes en condiciones de agrupar a una parte decisiva del proletariado, la influencia del partido de clase sobre estas organizaciones, la preparación revolucionaria y la insurrección, la toma del poder político y el derrocamiento violento del Estado burgués, la instauración de la dictadura proletaria ejercida por el único partido de clase proletario y comunista, la defensa de la victoria revolucionaria en los territorios en los cuales ha vencido y la organización internacional del movimiento revolucionario con el fin de irradiar al mundo la lucha revolucionaria. Por lo tanto, un órgano específico que pueda representar esta conciencia histórica, es el partido comunista, revolucionario e internacional, por el cual la corriente de la izquierda comunista, y nosotros que seguimos su surco, siempre ha trabajado y trabaja.

Del abismo en el cual está el proletariado no logrará salir si no es a través de una serie de permanentes enfrentamientos incluso en sus mismas filas, porque uno de los obstáculos más duros de eliminar es el del hábito de fiar a la democracia y a sus instituciones la solución de cualquier problema, la solución de todas las contradicciones. Años y años de colaboracionismo sindical y político, años y años de prácticas democráticas, pacifistas, legalistas, años y años de sumisión «espontánea» y «voluntaria» a las exigencias de la economía capitalista y del poder político burgués, han habituado a los proletarios de los países capitalistas avanzados a «delegar» la defensa de sus propias exigencias de vida cotidiana a instituciones de carácter sindical, social, político y religioso que en realidad tienen una función de control social, de propaganda del consenso, de intimidación moral y espiritual, de encuadramiento a favor de la conservación social.

Estas actitudes y estos prejuicios sobre la democracia, sobre la «libertad personal», sobre las «elecciones» que cada individuo en particular estaría en condiciones -y «con derecho»- de hacer, constituyen los diques materiales que ninguna propaganda, por sí misma, ningún esfuerzo de convencimiento *ad personam* puede eliminar.

Estos diques podrán ser destruidos sólo en presencia de una lucha que un movimiento de clase proletario desarrolle sobre el terreno del enfrentamiento de clase abierto y decidido. Romper la paz social, los lazos del colaboracionismo interclasista, las prácticas de sumisión a la «compatibilidad» económica del capital, es un paso obligatorio para el proletariado: lo hará primero con los puños y con el estómago, y después se dará cuenta, pero deberá hacerlo si no quiere transformarse por enésima vez en carne de cañón después de haber ofrecido al capital cada gota de su sudor, además de toda su energía física y nerviosa, en las galeras del trabajo asalariado o en la desesperación de la falta de trabajo asalariado.

Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y la posibilidad de salir de ella

Desde hace muchos años, tratando de la necesidad de una fuerte y duradera reanudación de la lucha de clase, debemos registrar forzosamente un terrible retroceso del proletariado sobre el terreno de la más elemental defensa de sus condiciones de vida y de trabajo.

En la Reunión General de diciembre de 1992, tratando de este tema y de las tareas de los comunistas, afirmábamos:

«En todo este periodo (de la derrota en los años veinte de la revolución comunista en Rusia y en el mundo) el proletariado ha tenido que afrontar sin partido marxista y sin organización inmediata clasista la segunda guerra mundial, ha tenido que hacerla, acabarla, reconstruir los países destruidos, sobre todo en Europa, pasar por la primera crisis verdaderamente simultánea de todos los países capitalistas avanzados; todo este periodo ha pesado sobre el proletariado de todo el mundo, y en particular sobre el proletariado de los países avanzados, como una enorme losa y ha representado un gigantesco repliegue de la clase proletaria internacional de las posiciones de clase, incluso de las más elementales. Es más, no se trata sólo de una losa que es necesario apartar para reanudar el camino, en realidad es algo que forma parte de su organismo, es una poderosa intoxicación de demócratismo, de colaboracionismo, de espíritu de participación y de interclasismo mezclada con la continua masacre en las fábricas, en las minas y en las miles de guerras que han continuado estallando en los años de una segunda postguerra mundial que se propalaban por parte de todos los gobiernos burgueses como los años de la paz, del progreso y del bienestar»

Por tanto la crisis del proletariado que aún hoy registramos tiene raíces lejanas y muy profundas. El proletariado ha sido privado por la contra revolución burguesa de sus organismos de lucha inmediata y de su partido de clase; la lucha entre clases, llevada al ápice de la tensión y del enfrentamiento de todas las fuerzas sociales, no admite pausa, no admite equilibrios permanentes, no admite ausencia de poder o largos periodos de «doble poder» (poder proletario en una parte del mundo y poder burgués en la restante). Por ello, la victoria de la revolución comunista en los países en los cuales el proletariado conquista el poder comporta la privación total del poder político para la burguesía, la destrucción de sus organizaciones políticas y económicas, el ejercicio dictatorial por parte de la clase proletaria sobre las clases burguesas y pequeño burguesas con el objetivo de impedir la reorganización y la posibilidad de que se restaure el poder burgués. Y esto con la perspectiva de extender a nivel mundial la victoria revolucionaria proletaria; por lo tanto, utilizando el poder proletario y comunista conquistado ya en uno o algunos países para reforzar y estimular la lucha revolucionaria del proletariado en todos los demás países que aún se encuentren bajo el poder burgués.

¿Por qué, en cualquier caso, la clase burguesa, una vez reconquistado el poder político después del periodo de la revolución bolchevique, debería haberse comportado de manera diferente? La contra revolución burguesa - como recordaba Marx después de las insurrecciones proletarias de 1848 en París, Viena o Milán- manifestó una mastodóntica sed de venganza y de revancha que fue llamada canibalismo contrarrevolucionario a través del cual la clase burguesa intenta extirpar de las mentes y de los corazones de las generaciones proletarias futuras aún sólo la idea de rebelarse contra su poder dictatorial, político y económico.

La derrota del movimiento revolucionario del proletariado internacional en los años ´20 del siglo XX, ha tenido una característica que las derrotas precedentes -la de 1848 que acabamos de recordar y la Comuna de París en 1871- no tuvieron. La característica es esta: el proletariado ha sido abatido no sólo por las fuerzas abiertas y declaradamente burguesas y anti comunistas (las burguesías dominantes de los grandes países europeos y de América en primer lugar), sino también por la acción contemporánea de las fuerzas oportunistas crecidas y desarrolladas en el interior mismo de las filas proletarias y del poder proletario en Rusia. Sin esta mortífera combinación, el proletariado ruso, europeo e internacional no habría sido derrotado fácilmente.

El estalinismo, es decir la forma concreta de la contra revolución burguesa bajo los falsos ropajes del socialismo en un solo país, fue el as en la manga de la burguesía internacional. A través de la política y la acción del estalinismo, la burguesía no sólo y no tanto «rusa», sino internacional, se tomó una formidable revancha en el enfrentamiento con el proletariado que le había vencido no sólo en Moscú y en Petrogrado tirando al basurero de la historia al Zar y a Kerensky juntos, sino sobre todo en los tres larguísimos años de guerra civil en los cuales los ejércitos blancos sostenidos por los más potentes países capitalistas del mundo fueron completamente desbaratados.

A través del estalinismo, y sucesivamente a través de sus múltiples variantes, la burguesía internacional dio razón de su enemigo histórico, el proletariado. Vencido en Alemania, Polonia, Hungría, Francia, Rumanía, Italia, Inglaterra y China, el proletariado debía ser vencido en el principal bastión anti burgués y anti capitalista erigido por la revolución comunista: en Rusia. Y es en el enfrentamiento con el proletariado ruso, en particular, cuando el canibalismo contra revolucionario burgués se desfogó con particular ferocidad. Centenares de miles de proletarios bolcheviques sufrieron una diezma sistemática. Quitadas de en medio, junto con muchos jefes bolcheviques en las famosas purgas estalinianas, las mejores fuerzas que la revolución proletaria había manifestado; desfigurado y trastocado completamente aquel partido bolchevique que había sido capaz de dirigir la revolución victoriosa y la primera, verdadera y declarada dictadura proletaria del mundo, y que había sido capaz de representar a través de la Internacional Comunista una guía segura del proletariado internacional; desviados y desnaturalizados los partidos comunistas que más sólidamente habían asimilado las enseñanzas de la revolución bolchevique y del movimiento comunista internacional como el Partido comunista de Italia; machacados en el torno de las fuerzas burguesas reaccionarias los proletarios de Canton y de Shangai a los cuales además se les canceló su propio partido comunista fundiéndolo forzosamente en el

burguesísimo Kuomintang; a los proletarios de todo el mundo no les quedó más remedio que sufrir la más desastrosa de las derrotas.

La luz que representaba la Rusia bolchevique, la Internacional Comunista, la lucha revolucionaria en todo el mundo, fue completamente oscurecida por la contra revolución estaliniana. De una derrota de estas dimensiones, el proletariado no podía rehacerse fácilmente. La clase burguesa dominante ha obtenido un gran resultado histórico: hundido en el abismo de la esclavitud salarial y social, privado de cualquier organización clasista, masacrado sistemáticamente en las luchas sociales y en las guerras burguesas, el proletariado no tendría, durante varias generaciones, la posibilidad de reorganizarse y de reanudar el camino de su lucha revolucionaria.

Esta derrota histórica es la causa principal del retroceso del proletariado incluso sobre el terreno de la defensa elemental de las condiciones de vida y de trabajo.

LA CONTRA REVOLUCIÓN BURGUESA NO SE ACABÓ CON LA DESTRUCCIÓN DE LA PRIMERA DICTADURA PROLETARIA EN RUSIA; DEBÍA TRANSFORMAR A LOS PROLETARIOS EN ESCLAVOS SATISFECHOS CON SU PROPIA ESCLAVITUD.

Pero a la clase burguesa no le basta con derrotar al proletariado en el campo económico y en el terreno de las relaciones de fuerza sociales. El capitalista tiene la necesidad de la fuerza de trabajo proletaria, porque sólo de su explotación obtiene el plusvalor, es decir, sus beneficios; y ha sacado una lección de la historia de su dominio social: los proletarios pueden ser explotados mucho más intensamente, y con menos costes sociales, si se les implica en forma de participación democrática en la **«gestión»** del trabajo, en la **«gestión»** de la cosa pública. En la medida en la cual la riqueza acumulada por la explotación del trabajo asalariado permite a la burguesía destinar al proletariado, o a sus estratos, algunas **«garantías»** sociales y de mejoras económicas, se constituyen las bases materiales necesarias para sostener una política reformista en los enfrentamientos del proletariado; por lo tanto una política que tienda a hacer vivir en el proletariado un sentimiento de **«pertenencia»** a un mecanismo social del cual no sólo se beneficiarían los capitalistas, sino también los proletarios.

Y el fascismo **«enseña»** a los capitalistas y a la democracia -una vez liquidada cualquier tentativa revolucionaria del proletariado- a utilizar sistemáticamente y a nivel estatal toda una serie de **«garantías»** sociales y de mejoras económicas a través de las cuales atraer al campo burgués, en defensa de los intereses burgueses, las fuerzas del proletariado. Los amortiguadores sociales -indemnizaciones de varias clases, seguridad social, asignaciones familiares, pensiones, etc.- fueron introducidos por el fascismo con el fin de disponer de las fuerzas del proletariado, tanto en la paz como en la guerra, según las exigencias del capitalismo nacional.

De aquí nace una experiencia: la burguesía democrática heredará del fascismo esta política reformista y la ampliará notablemente -a veces bajo la

presión de las masas proletarias que, dándose cuenta del hecho de que la clase dominante está dispuesta, de cualquier manera, a conceder algunas cosas, luchan para obtener mejoras ulteriores- dado que con la guerra y en la postguerra el esfuerzo exigido al proletariado fue enorme. Pero, caído el fascismo, con cuyo método de gobierno era la propia clase burguesa quien administraba directamente las relaciones con el proletariado, si bien a través del sindicato fascista- por otro lado, único y obligatorio- la burguesía democrática debía utilizar el método reformista con formas de intermediación que se asemejasen lo máximo posible a la subdivisión de las tareas y a las diferencias de intereses. Eliminado el partido burgués único, y eliminado el sindicato único y obligatorio, la democracia post fascista permitía renovar la vieja ilusión, según la cual todo estrato social, y toda clase social, cree poder tener a su disposición los mismos instrumentos de defensa de sus propios intereses en un contexto social en el cual el Estado pasa por ser un ente por encima de las clases, un árbitro neutral al cual se pide que dirima todas las posibles controversias y todos los posibles conflictos sociales. La democracia, si ayer representaba el mejor terreno de instrucción para el oportunismo clásico de bernsteniana y turatiana memoria, desde la segunda postguerra en adelante representa el mejor terreno de instrucción para el colaboracionismo sindical y político. Muchos partidos, diversos sindicatos, legalmente reconocidos; libertad de asociación, de reunión, de manifestación de ideas e intereses; por lo tanto la democracia, por lo tanto el terreno sobre el cual crece en abundancia la mistificación de la igualdad en los derechos, de la libertad personal, de las mismas posibilidades económicas y culturales para todos. Por lo tanto el terreno que facilita la captura ideológica y práctica del proletariado frente a la conciliación entre clases.

¿Cuál es la diferencia entre el oportunismo de ayer y el colaboracionismo de hoy?

El oportunismo de ayer -de los vértices sindicales de la CGL y del Partido Socialista Italiano, para dar un ejemplo- era una política que afectaba a las organizaciones proletarias desde el exterior, por parte de la burguesía. El colaboracionismo de hoy -no sólo de los vértices, sino de todo el aparato de los sindicatos y de los partidos que se hacen llamar «obreros»- es la política reformista burguesa vestida de política reformista obrera. Es por esto que a los sindicatos de la segunda postguerra los llamamos tricolores (mientras que los sindicatos de la primera postguerra eran aún sindicatos de clase, sólo con los vértices corruptos y oportunistas), y es por esto que a los partidos comunistas estalinistas los llamamos partidos nacional comunistas, mientras los partidos socialistas de la primera postguerra de cuyas escisiones nacieron los partidos comunistas revolucionarios eran partidos obreros burgueses, partidos oportunistas, según la definición que dio Lenin.

El colaboracionismo nace directamente de la democracia burguesa de la época del imperialismo como fuerza obrera dentro de las fuerzas de la democracia burguesa, como el intento de organizar a las masas proletarias con el objetivo de impedir que se doten de organizaciones clasistas, independientes del patronato, del Estado burgués, de las diversas fuerzas de conservación burguesas.

El proletariado, después de su derrota revolucionaria, cae inevitablemente en las redes del oportunismo- que, desde la teoría estaliniana del socialismo en un solo país, será conocido como estalinismo- y este tiene la tarea de plegarlo a las exigencias de cualquier capitalismo nacional (en Rusia a las exigencias del desarrollo capitalista de un gran país atrasado, en los países europeos y en América a las exigencia de cualquier país capitalista e imperialista en la lucha de competencia dentro del mercado internacional) y de prepararlo para la sucesiva guerra mundial. El proletariado de cualquier país, en fin, intoxicado por la propaganda nacionalista que cualquier burguesía defenderá con argumentos quizá muy diferentes (el fascismo y el nazismo contra las **«plutocracias democráticas»** que quieren sofocar sus veleidades imperiales, el estalinismo contra el fascismo y el nazismo considerados como un **«paso atrás»** en la historia, las democracias occidentales contra el fascismo y el nazismo considerados **«malvados en cuanto dictadura»**) será llevado a la participación en la Segunda Guerra Mundial sin que hubiese la menor posibilidad de oponerse a ello de manera organizada. Y en particular la resistencia partisana, la resistencia antifascista de las fuerzas democráticas, desviará completamente, en Italia, Francia, Grecia, Yugoslavia, al proletariado hacia el frente de la defensa activa de los intereses de las fracciones burguesas que se predisponían a ocupar el puesto en sustitución de las fracciones burguesas comprometidas con el fascismo y el nazismo.

El oportunismo estaliniano, por lo tanto, prepara al proletariado para hacerse matar en la guerra imperialista con el único objetivo de hacer vencer una alianza entre burguesías contra una alianza entre burguesías adversarias sobre el terreno del dominio imperialista del mundo. Ningún interés proletario puede descubrirse en la guerra imperialista; ningún interés proletario puede descubrirse en la defensa de los regímenes democráticos contra los regímenes abiertamente dictatoriales, como los fascistas, y viceversa. En juego estaban únicamente los intereses burgueses que buscaban una solución para sus enfrentamientos interimperialistas en una nueva partición del mundo. Los proletarios de todos los países, por enésima vez, debieron ser carne de cañón de los útiles guardianes del nuevo orden democrático e imperialista que nació de la guerra; dispuestos a hacerse explotar bestialmente en el periodo de reconstrucción post-bélica bajo aquel régimen democrático que habían contribuido a hacer vencer.

Con el fin de la guerra imperialista, el oportunismo estaliniano deja el campo al colaboracionismo democrático e interclasista, no sólo a nivel sindical sino también a nivel político. La democracia post-fascista, que del fascismo hereda en realidad un reformismo burgués practicado y eficaz y la política de la intervención estatal en la economía, dará lugar a las nuevas organizaciones sindicales y los nuevos partidos «comunistas» que no se avergonzarán de administrar los intereses nacionales, por cuenta de las fracciones burguesas victoriosas, aún desde las poltronas gubernativas. Los partidos y los sindicatos tricolores, seguirán mistificando palabras, tesis, actitudes, semblantes, proletarios y comunistas, iniciando así su larga (y preciosísima para el capital) obra de intoxicación democrática y colaboracionista dentro del proletariado.

LA DEMOCRACIA ES EL MEJOR AMBIENTE PARA LA LUCHA DE LA CLASE BURGUESA CONTRA LA CLASE PROLETARIA.

Es exactamente esta larguísima y profunda intoxicación de colaboracionismo e interclasismo la que ha impedido cada vez más al proletariado, sobre todo al de los países avanzados, reaccionar con métodos y medios clasistas en defensa de sus condiciones de vida y de trabajo frente a la sistemática serie de medidas anti obreras que, en particular desde la crisis general del capitalismo mundial de 1975 en adelante, han caracterizado la política de cualquier gobierno burgués, en todos los países.

¿En qué consiste el colaboracionismo, el interclasismo?

Esta es una política que la clase burguesa dominante adopta en los enfrentamientos con el proletariado con el fin de hacer pasar la idea de que el proletariado tiene todo el interés en defender intereses **«comunes»** entre capitalistas y obreros, como por ejemplo: defendiendo la competitividad de las mercancías producidas en las distintas empresas los proletarios defienden a la vez su puesto de trabajo; defendiendo su propio puesto de trabajo en las diversas empresas los proletarios defienden a la vez, si bien con una capacidad adquisitiva inferior, su propio salario; defendiendo la economía nacional y en particular su buena marcha respecto a la competencia internacional, los proletarios defienden su propio nivel de vida, sus conquistas sociales, ventajas adquiridas en términos de pensiones, sanidad, servicios sociales, etc.

La burguesía parte del concepto según el cual es el capital el que crea el trabajo, el que permite a millones de proletarios vivir gracias al hecho de ser empleados en las empresas capitalistas. Y acompaña este concepto con otro, según el cual el mercado -es decir, el encuentro entre capitalistas competidores- es el factor decisivo en cualquier cuestión económica, social, política, militar, cultural o ambiental. Por ello las exigencias del capital, las exigencias del mercado, deben primar sobre cualquier otra exigencia.

Es del todo obvio que la burguesía razona según estos criterios. Ella representa exactamente los intereses de la clase social que posee los capitales, los administra, los cambia, los gasta, los destruye, los vuelve a acumular. La sociedad levantada sobre el modo de producción capitalista -y el marxismo leaha llamado así no en honor a la clase burguesa que en la primera mitad del siglo XVIII era en buena parte aún revolucionaria, sino porque, tratándose del modo de producción social que sustituye, destruyéndolos, a los modos de producción feudal, asiático o de economía natural que todavía gobernaban la economía de la mayor parte del mundo, se impuso en el mundo a través de esa extraordinaria fuerza económica y social que es precisamente el capital- es en realidad una sociedad aún dividida en clases sociales antagonistas, creadas precisamente por el modo de producción capitalista según el cual la humanidad está subdividida entre aquellos que poseen capital y que, por lo tanto, pueden emplear fuerza de trabajo asalariada a la que extorsionar el plusvalor y aquellos que poseen exclusivamente la fuerza de trabajo que el capital emplea en las empresas, por un salario que corresponde no al valor total de las mercancías

producidas y de la fuerza empleada para producirlas, sino sólo al valor de la reproducción de la fuerza de trabajo empleada para producirla, un valor por lo tanto inferior a aquel que corresponde al tiempo de trabajo utilizado efectivamente.

La burguesía, que como clase nunca hubiera podido vencer por sí misma de manera definitiva a las clases aristocráticas que controlaban a las inmensas masas de campesinos, debía utilizar para su causa a las otras clases subalternas, en particular los campesinos y los proletarios. La concepción democrática de libertad, de igualdad, de fraternidad sirvió para capturar ideológicamente a las masas campesinas y proletarias para la causa de la revolución burguesa que, por otra parte, quitaba de en medio todo el peso de los privilegios de la monarquía, de las clases aristocráticas y del clero, que pesaban enormemente sobre las espaldas del pueblo no sólo en términos de impuestos sino también en términos de obligaciones y de vínculos personales particularmente insoportables. Por lo tanto, sobre la base de un progreso económico ya logrado a través de las tiendas y la manufactura en las cuales era necesario emplear mano de obra cada vez más numerosa, la burguesía, por su interés de clase bien concreto, alzaba la bandera de la libertad y de la igualdad. En realidad: libertad de comercio, libertad de explotar sin límites, de día y de noche, a masas cada vez más numerosas de campesinos proletarizados; libertad de comprar y de vender la tierra (otro medio de producción de grandísima importancia), posibilidades iguales para todo burgués para desarrollar su propia actividad; posibilidades iguales para todo proletario de hacerse explotar en esta o aquella empresa burguesa; iguales posibilidades para cualquier campesino de llevar al mercado los productos de su cultivo. Libertad de desarrollar la ciencia y la técnica quitándole el monopolio al clero; libertad de acumular y de prestar dinero; libertad de acumular riquezas, de producir y de vender cualquier mercancía; libertad de emplear en sus oficios y en sus establecimientos a personas provenientes de cualquier parte del país o de otros países. El capitalismo se abría de esta manera todas las vías posibles para desarrollarse a nivel planetario.

De esta manera, el progreso económico, el progreso técnico y científico, el progreso cultural, la libertad de circulación de las mercancías y de las personas, se identificaron con la burguesía, con la clase que poseía los capitales necesarios para desarrollar la economía y, por lo tanto, la sociedad de manera nunca imaginada en sociedades precedentes. La democracia, en la cual se condensa en general el concepto burgués de libertad, de igualdad y de fraternidad, responde de manera formidable a la función de unión entre los poseedores de capital y los poseedores de fuerza de trabajo, es decir, entre capitalistas y proletarios. A través de la democracia, es decir, a través de la mistificación de la «libertad», de la «igualdad» y de la «fraternidad», la clase burguesa ha transferido a las clases subalternas, los campesinos y los proletarios, la idea de que es el mercado -es decir, el lugar donde potencialmente todos pueden cambiar cualquier cosa, según sus propias posibilidades, sus propias exigencias o sus propios intereses- donde se pueden realizar en la práctica la libertad, la igualdad y la fraternidad de cualquiera hacia los otros. Es a esta concepción de fondo a la que se refieren necesariamente todos aquellos que colocan en primer plano las exigencias «comunes» entre

capitalistas y proletarios, entre explotadores y explotados, todos aquellos que sostienen la prioridad de la conciliación entre las clases sociales, de la colaboración entre la diversas «partes» sociales, en suma aquello que nosotros llamamos interclatismo.

La burguesía, después de ser forzada a admitir que en su sociedad existían aún clases contrapuestas, en lucha entre ellas por intereses contrapuestos, no tenía ninguna posibilidad de sacar todas las consecuencias de las contradicciones fundamentales del modo de producción capitalista sobre el cual se levanta su dominio social. Estas consecuencias las sacó Marx, que no se limitó a «describir» el capitalismo y su modo de producción sino que lo analizó siempre en función de su necesaria e inevitable superación histórica.

La burguesía ha descubierto y ha encontrado la confirmación, en el curso de más de dos siglos de su dominio de clase, que la democracia –es decir la mistificación de la igualdad social y de la libertad individual- ha sido en general el método de gobierno más eficaz, además de ser el mejor vehículo de intoxicación colaboracionista jamás hallado. Con esto no decimos que la burguesía aborrezca los métodos de violencia abierta y declarada, del terrorismo de Estado, los métodos de la dictadura de clase declarada. Afirmamos que el uso de la mistificación de la democracia consiente a la burguesía dominante obtener durante larguísimo periodos de tiempo el consenso de las masas proletarias y campesinas, en una lucha que la opone a la clase proletaria en particular, pero que la clase obrera percibe de manera menos neta, menos clara, menos evidente.

La imposición a través del puño de hierro, con métodos dictatoriales que no dejan espacio a la «confrontación», a la «libre circulación de ideas», a la «libertad de elección» en el mercado de las vastas ofertas de mercancías de cualquier tipo, contrasta con todo el entramado ideológico y propagandístico burgués, utilizado desde su aparición en el proscenio de la historia en la revolución anti feudal. Estos son los fantasmas de los cuales la burguesía no logrará jamás deshacerse del todo. Pero si debiese hacer una simple contabilización razonada entre «entradas» y «salidas», la burguesía no puede sino escribir en la columna del método democrático una puntuación mucho más alta que en la otra columna, la del método dictatorial abierto o fascista; el proletariado, por su parte, ha sido explotado mucho más intensamente y con menos problemas de orden social en los periodos de democracia que en aquellos periodos de fascismo o de dictadura militar.

Método democrático o método dictatorial abierto, es la respuesta que la burguesía da, según las situaciones y las relaciones de fuerza entre proletarios y burgueses, a los antagonismos sociales existentes y al nivel de sus tensiones. Y nunca ha existido democracia en la cual la burguesía dominante no ejerciese de manera mucho más eficaz la coerción y la represión. Democracia, en fin, no significa ausencia de violencia estatal en los enfrentamientos con el proletariado, pero es más una violencia con la que se amenaza que una violencia ejercida, pero que tiene gran eficacia igualmente.

El límite que la burguesía dominante más acepta voluntariamente en la tensión social que la lucha entre las clases produce es el límite dentro del cual esta logra controlar lo suficiente a la clase proletaria, de manera que puede extraer de su trabajo asalariado las mayores cuotas de plusvalor posibles. Es

sobre todo frente a serias amenazas sociales por parte del proletariado organizado y en lucha sobre el terreno de la lucha de clase revolucionaria que la burguesía predispone el paso del método democrático al abiertamente dictatorial. Pero, en tanto le sea posible, la burguesía buscará siempre utilizar lo mejor posible todas las armas que la democracia le permite, del electoralismo al colaboracionismo político y sindical por parte de aquellos partidos y sindicatos que puedan utilizar la influencia que tienen sobre el proletariado para la defensa de los intereses burgueses, en tiempos de paz como en tiempos de guerra.

Porque, para la burguesía, el problema del control del proletariado siempre permanece abierto.

La historia de la lucha entre las clases, la historia de las revoluciones y de las contra revoluciones, ha enseñado algunas cosas a la burguesía. Por ejemplo, le ha enseñado que no puede permitirse el lujo de creer haber vencido sobre el proletariado y sobre su posible renacimiento revolucionario sólo por haberlo aplastado en la contra revolución victoriosa. Por esto, utilizando la experiencia internacional, cualquier burguesía nacional tiende a prepararse de la manera más eficaz contra cualquier posible sublevación del proletariado como fuerza en sí misma. Y tiende sobre todo a afinar todos los métodos y medios posibles que la democracia pone a su disposición para llevar al proletariado a su lado o, por lo menos, para neutralizar a los estratos más combativos. Sus métodos preferidos son las armas de la corrupción económica, social y moral.

¿Por qué?

Más de setenta años de interclasismo, de oportunismo, de colaboracionismo, de los años ´20 a hoy, han demostrado que la corrupción democrática es particularmente eficaz. Desde la victoria contra revolucionaria sobre el Octubre bolchevique y sobre las tentativas revolucionarias en Alemania, en Polonia y en Hungría hasta hoy, el proletariado internacionalmente no ha logrado reconquistar el terreno de la lucha revolucionaria al mismo nivel. De hecho, década tras década, el proletariado ha perdido cada vez más terreno, y en la medida en la cual se hacía influenciar por el oportunismo estalinista, y después maoísta, y después guevarista, y después siempre por el puro colaboracionismo, el proletariado se colocaba cada vez más en el atraso político y social hasta devenir una gran e indiferenciada masa de maniobra: cada vez más carne de cañón, cada vez más fuerza de trabajo esclavizada en las fábricas-cárceles, cada vez menos capaz de resistir a las presiones continuas de los capitalistas, cada vez menos capaz de reaccionar a los persistentes empeoramientos de las condiciones de vida y de trabajo.

Es una ley: cuanto más se somete el proletariado a las exigencias de los capitalistas, más le aplastan estos; cuanto más se repliegan los proletarios en su propia individualidad, más libres tienen las manos los patrones y aumenta su arrogancia disponiendo de la vida de los proletarios como quieren.

LA LUCHA ENTRE LAS CLASES NUNCA MUERE

Se dirá: ¡pero el proletariado, de 1.945 en adelante, no ha dejado nunca de batirse para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo! ¡Luego no está completamente sometido!

Es cierto. De forma más o menos amplia, de manera más o menos episódica, el proletariado ha realizado huelgas, se ha batido con los patrones, contra la policía y el ejército, ha manifestado, ha protestado, ha ejercido presiones incluso muy fuertes contra la patronal y sus gobiernos porque sus condiciones de vida y de trabajo mejorasen. Pero ¿qué organizaciones sindicales y políticas han dirigido estas luchas?

El colaboracionismo sindical y político, para ejercer su fuerte influencia sobre el proletariado, y por lo tanto para poder desarrollar su función de control social y de baluarte contra las reacciones subversivas de la lucha obrera nada más nacer estas, debe actuar como si representase efectivamente los intereses de los proletarios. Por lo tanto, en los diversos periodos económicos y sociales, de la postguerra a hoy, el colaboracionismo ha utilizado diversas tácticas.

Dado que el objetivo principal del colaboracionismo ha sido y es siempre el de hacer cargar al proletariado con la defensa de los intereses económicos y sociales de la burguesía –objetivo que se alcanzó durante la guerra imperialista con la participación del proletariado en ambos frentes burgueses- los bonzos sindicales y la *nomenklatura* política de los partidos nacional-comunistas, según las fases de los diversos ciclos capitalista, deben de vez en cuando modificar sus posiciones, sus consignas, sus objetivos y sus métodos. En la medida en la cual la clase dominante burguesa está dispuesta a hacer concesiones al proletariado –en función de un mayor consenso social, de una mayor participación en la defensa de la democracia y del orden constituido, de una mayor flexibilidad laboral- y tiene a su disposición una cuota de sus propios beneficios para jugar en el tablero de las transacciones, el colaboracionismo tiene más posibilidades de hacerse recibir por el proletariado como su representante y tiene por lo tanto más posibilidades de hacer pasar en las filas proletarias los sacrificios necesarios. **Do ut des**, damos a los capitalistas aquello que quieren de nosotros a cambio de algunas ventajas económicas, legales, sociales. Es como decir: los sueldos están, los trabajadores quieren una parte, pero debemos compensar esta exigencia con «concesiones» a los capitalistas.

De este impostación, los proletarios conocerán todas sus implicaciones en la fase en la cual el capitalismo entra en crisis: los sueldos no están, no podemos pretender una parte de ellos; debemos hacer más sacrificios hoy para que los capitalistas acumulen la cantidad suficiente de beneficios para que, al menos una pequeña parte, mañana sea posible repartírsela al proletariado.

Todo se hace depender de la disponibilidad que los capitalistas tengan para conceder al proletariado las mejoras económicas. La misma cosa tiene lugar a nivel estatal, en el campo de las «garantías sociales» como los varios automatismos que garantizan que el salario no se cobre en negro, las indemnizaciones, la sanidad, la nocividad, la seguridad en el trabajo, el puesto

de trabajo, la liquidación. Poco a poco, pero de manera inexorable, la clase de los capitalistas –empujada por la competencia que se hace cada vez más aguda y más dura en todos los rincones del planeta- busca revertir todas las concesiones que en las décadas precedentes se han otorgado a la clase proletaria. Cuanto más se agudiza la competencia, más se saturan los mercados, más baja la tasa media de beneficio capitalista y más el capital, en su loca carrera de reproducción y valorización, entra en crisis.

Para combatir esta caída de la tasa media de beneficio y para defender más eficazmente sobre el mercado sus propias cuotas de capital, cada capitalista se ve empujado a actuar en dos frentes: sobre el frente de la productividad, gracias al aumento de la cual es posible ir al mercado con precios competitivos sin aminorar el margen de beneficio, y sobre el frente del coste del trabajo – es decir, el capital variable, el capital-salarios- gracias a cuyo descenso el capitalista tiende a asegurarse en parte un cierto margen de beneficio más allá de cómo pueda realizarlo con la venta de todas (o una parte de) sus mercancías en el mercado.

¿Cómo interpreta el colaboracionismo esta exigencia de la burguesía?

La interpreta con la política de los sacrificios que los proletarios **deben** realizar, so pena de la pérdida del puesto de trabajo (y por lo tanto del salario) a causa de las reestructuraciones empresariales o de las quiebras. La interpreta con la política de una cada vez mayor flexibilidad de la mano de obra, so pena de la marginación respecto del mundo del trabajo y la desesperación del paro.

En periodos de crisis económica, no sólo los sacrificios, para el colaboracionismo, son «inevitables», sino que constituyen la prioridad absoluta. El proletariado, de «proveedor de mano de obra», de «vendedor de fuerza de trabajo» estable, se convierte en un abastecedor de sacrificios, de trabajo gratuito, un precario que no posee nada en busca de patrón. Las luchas obreras guiadas por las fuerzas del colaboracionismo sindical cobran un cariz diferente: de luchas que tienen por objetivo aumentos de salarios y disminuciones del horario de trabajo, aún siempre embridadas en el contexto de la participación de los sindicatos en las decisiones empresariales en términos de inversiones, innovaciones tecnológicas, etc., se pasa a luchas que tienen como objetivos la defensa de la competitividad de las empresas, el aumento de la productividad, la relación cada vez más estrecha entre salario y enfermedad, asistencia a la fábrica, productividad. Sobre el plano político más general, el colaboracionismo abraza cada vez de manera más declarada la causa de la buena marcha de la economía nacional, de la competitividad del capitalismo nacional, de los intereses del imperialismo nacional en el mundo. Los partidos nacional-comunistas se vuelven cada vez más partidos de gobierno, aún si sólo ejercen de oposición parlamentaria. Al mismo tiempo, con el aumento de la competencia entre burgueses sobre el mercado nacional e internacional, aumentan las intervenciones patronales y estatales para alimentar y ampliar cada vez más la competencia entre proletarios.

La fase cambia. La burguesía, ante la mayor crisis capitalista de la postguerra –estamos en 1.975- corre a reparar los desperfectos. Empalma una

serie interminable de medidas anti proletarias del todo inesperadas por los proletarios (por otro lado el colaboracionismo no tenía entre sus tareas la de preparar a los proletarios para la lucha, lucha cada vez más dura en la medida en la que el ataque de la burguesía era también más duro), y pasa al colaboracionismo político y sindical la tarea de hacer digerir, en no mucho tiempo, la situación al proletariado. Y esto es exactamente lo que el colaboracionismo hará. El proletariado, por su parte, perdida la tradición de la lucha clasista y conducido por las fuerzas del oportunismo primero y del colaboracionismo después a abrazar la causa burguesa, tanto sobre el terreno político como sobre el terreno económico y sindical, no logra ofrecer una resistencia digna de este nombre a los ataques patronales. Sus luchas, sus manifestaciones en la calle, sus piquetes de huelga, su esfuerzo por reaccionar no logran la reanudación de la lucha clasista y sus tentativas de organización clasista al margen de los aparatos sindicales tricolores¹ son sistemáticamente desviadas y rotas por las fuerzas del nuevo oportunismo de izquierda, hijo del movimiento del '68, ya se trate de grupos como Lotta Continua, Avanguardia Operaia, Servire il Popolo, Potere Operaio o por las Brigadas Rojas². Los grupos proletarios más combativos, en su tentativa de desvincularse de la tenaza del colaboracionismo de los partidos nacional-comunistas y de los sindicatos tricolores, acabaron antes o después en las redes de los extra parlamentarios de izquierda que cumplieron objetivamente la función de destruir la combatividad clasista para reconducirla sobre el terreno de la democracia y del parlamentarismo. Y cuando, de las mismas luchas obreras y de su sistemática represión, en la cual participaban indirectamente los sindicatos tricolores y los partidos ex estalinistas, grupos proletarios adquirían la conciencia de que la lucha de clase no puede no prever incluso el uso de la violencia por la necesidad de defender los organismos clasistas y sus militantes, se encontraron con las Brigadas Rojas y los grupos lucharmadistas similares que cumplieron la función de desviar la tensión clasista, que estaba emergiendo, en el círculo vicioso del

(1) Por sindicatos tricolores se entiende, en Francia, Italia, y Alemania, pero válido para todos los países del capitalismo avanzado, aquellas organizaciones sindicales que colocan la defensa de la economía nacional en el lugar la lucha de clases proletaria. Frente a la bandera roja de los sindicatos clasistas históricos, la bandera tricolor, nacional, de la burguesía. De hecho en Italia la gran central sindical, reconstruida tras la II Guerra Mundial ya como sindicato tricolor, pasó de llamarse Confederación General del Trabajo a Confederación General Italiana del Trabajo, tricolor por lo tanto hasta en el nombre.

(2) *Lotta Continua, Avanguardia Operaia, Servire il Popolo, Potere Operaio, Autonomia Operaia*, por citar los más conocidos, son grupos de extrema izquierda italianos aparecidos al calor de las luchas del periodo 1.969-1.980 como opciones políticas a la izquierda del P. C. Italiano. De diferentes orientaciones que van del espontaneísmo al estalinismo y al maoísmo, pueden equipararse a algunas organizaciones españolas como el Partido del Trabajo, la Organización Revolucionaria de los Trabajadores, etc. con la salvedad de las Brigadas Rojas. Esta organización dedicada a la «guerrilla urbana» guarda notables diferencias con ETA o Terra Lliure por el carácter nacionalista de estas y con los GRAPO o el FRAP por sus orígenes e implantación. Otros grupos como los Comandos Autónomos Anticapitalistas tampoco le son asimilables, si bien las posiciones lucharmadistas tal y como son expuestas en este texto son comunes a todas. Ver, sobre el problema del lucharmadismo, *El terrorismo y el difícil camino de la reanudación general de la lucha de clase* en *El Programa Comunista* nº 30 (marzo de 1.979). Disponible escribiendo a la dirección de este periódico.

terrorismo individualista. Del **otoño caliente**³ de 1.969 a la huelga salvaje de 35 días de la FIAT en 1.980⁴, los proletarios intentaron ganar el terreno de la lucha de clase, pero finalmente sufrieron una derrota.

Desde entonces, la burguesía aceleró e intensificó sus ataques. Y se abrió más fácilmente la vía a poner en discusión todas, una después de otra, las concesiones precedentes. Así, después de la escala móvil, fue el puesto de trabajo el que sufrió la más vasta erosión. Pero para obtener el resultado más eficaz en este plano, la burguesía debía volver lo más aguda posible la competencia entre los proletarios. El instrumento económico era el más fácil de usar: la burguesía siempre lo ha usado. El instrumento social era un poco más complicado. Y aquí se muestra de la manera más evidente el connubio entre Estado y colaboracionismo. El Estado, en calidad de Comité de defensa de los intereses burgueses, debía proceder a legislar en esta dirección (reforma sanitaria, de las pensiones, cambio del Estatuto de los Trabajadores, defensa de los patrones que despiden, etc.). Las fuerzas del colaboracionismo debían difundir entre los proletarios la más aguda competencia como si fuese

(3) Como Otoño Caliente se conoce en Italia el periodo que se desarrolla en este país desde el otoño de 1.969 y que está marcado por las fortísimas luchas sindicales llevadas a cabo. En este periodo, se presenta en Italia una situación de gran tensión social provocada tanto por los efectos de la crisis de 1.967-68 como por la acción de una patronal que intenta poner «orden» en los lugares de trabajo reclamando a los sindicatos oficiales su papel de controladores de la masa operaria. El «Estatuto de los Trabajadores», ley de 1.970, que los sindicatos oficiales lograron obtener con la cooperación del gobierno y de la patronal, en su reglamentación de los derechos y de los deberes de los obreros en las fábricas, se presenta como una conquista de aquel periodo de luchas obreras. En verdad, mientras de un lado regula la gestión de los «amortiguadores sociales» por parte del patronato, de los sindicatos y del gobierno, dando algunos beneficios a las condiciones obreras, delimita aún más el papel de perros guardianes de los sindicatos tricolores en vista de un periodo de crisis aún peor. Se avecinaba, de hecho, 1.973 (la crisis mundial del petróleo) y 1.975 (la crisis económica en todos los países capitalistas avanzados). Gracias a los efectos de esta crisis y a la obra complaciente de los sindicatos tricolores y de los partidos «obreros» burgueses, la burguesía italiana podrá comenzar a desmantelar el edificio de amortiguadores sociales y los «derechos» formalmente reconocidos a los obreros y a los proletarios en general (en la fábrica y en el terreno social) de manera que obliga a plegarse cada vez más a las masas proletarias a las exigencias del capitalismo, adecuándose a las diversas oscilaciones del mercado de las mercancías, de los capitales y del trabajo.

(4) Septiembre de 1.980: después de un largo periodo en el cual la FIAT atacaba las condiciones de trabajo y de vida de los obreros, con los subsidios de desempleo, multas por cada pequeña falta, suspensiones, intimidaciones y después de que un año antes despidiese a 61 obreros de sus establecimientos (los obreros politizados que molestaban más porque soliviantaban y organizaban a los obreros en sus secciones para la lucha), mientras anunciaba el despido de 14.500 trabajadores, estalló la primera de tantas huelgas espontáneas que confluyeron en una gran huelga de los diferentes establecimientos de FIAT en Turín -comenzando por el de Mirafiori- y su provincia, pero también en Cassino, Terminilmerese, Modena, Brescia, Milán, etc. Este movimiento de huelga asustó notablemente a la clase dirigente de FIAT, porque era una tradición en Italia que la lucha en la FIAT constituyese un ejemplo para la lucha de los obreros de todo el sector del metal y de otros sectores productivos. La patronal, el gobierno, los sindicatos y los partidos se agarraron fuertemente las manos los unos a los otros, cada uno jugando su propio papel, para limitar, aislar y sofocar la lucha en FIAT, lucha que reclamaba los acuerdos de la lucha de los obreros de los astilleros de Danzig (Polonia) que tuvo lugar en agosto del mismo año y que había dado una señal, en cierto sentido, a los proletarios de los otros países: se podía osar y obtener resultados contra regímenes para nada democráticos luego más aún en países en los cuales la legalidad democrática existía desde hacía tiempo.

Naturalmente los sindicatos tricolores hicieron de todo para desnaturalizar el movimiento

una necesidad temporal, uno de los sacrificios para poder asegurarse siquiera un salario miserable.

De hecho, otra prioridad en las funciones sociales del colaboracionismo se refiere precisamente a este punto, a la competencia entre proletarios.

No sólo miles de cualificaciones diversas, decenas y decenas de conceptos salariales incomprensibles, miles de recovecos a través de los cuales los proletarios no entienden cuánto salario les es sustraído y por qué motivo ; no sólo diferencias sustanciales entre categorías, no sólo grandes distancias salariales entre norte y sur, no sólo diferencias sustanciales entre trabajadores autóctonos e inmigrantes: la competencia entre proletarios toca cada vez más a toda la clase, a nivel de edad, sexo, resistencia a los ritmos del trabajo, de capacidad de adaptación a los cambios continuos, de disponibilidad para la movilidad y la flexibilidad. El objetivo de los capitalistas es aquel de tener siempre las manos libres en lo que respecta a la fuerza de trabajo, empleando cantidades superiores cuando las ocasiones del mercado lo requieren y cantidades inferiores cuando el mercado se cierra (como lo demuestra el avance del trabajo en interinidad). Y el tema que siempre se presenta con la mayor fuerza es el de la precariedad. En la caída de las diferentes «garantías»

espontáneo de los obreros de FIAT, encerrándolo en las fábricas y usando continuamente el arma de la exclusividad en las negociaciones y en los tratos con la patronal y el gobierno, el arma de la «cobertura legal» de la huelga, colocando así a los obreros que no seguían las indicaciones de los sindicatos oficiales en situación más desfavorable respecto a la «justicia burguesa». El mismo PCI, entonces dirigido por Berlinguer, trató de utilizar la ola de rabia proletaria llevando a la fábrica su propia «solidaridad» pero concertando con los sindicatos oficiales, con el gobierno y con la FIAT para que se encontrase una vía más piadosa para salvar la productividad de la fábrica: los 14.500 despidos se transformaron en Cassa Integrazione, que es una institución laboral italiana que garantiza un subsidio a los obreros acogidos a ella, (pero para 24.000 obreros), en los acuerdos la FIAT obtuvo la posibilidad de aplicar medidas mucho más duras hacia los obreros «absentistas» o que no se sometían a un régimen de fábrica mucho más duro, pero los 61 despedidos del año precedente no fueron readmitidos.

Contra el movimiento de huelga, la FIAT y los sindicatos patronales, sin que CGIL, CISL y UIL saliesen en defensa del movimiento de huelga de los obreros, organizaron en Turin, el 14 de octubre, una manifestación de los llamados «cuellos blancos» (empleados, cuadros de la empresa, dirigentes) que los medios de la época llamaron la «Marcha de los 40.000» (en realidad 12.000 cuellos blancos de la FIAT se colocaron tras los comerciantes y pequeño burgueses de todo tipo, pero no llegaron a 40.000); esta manifestación pedía volver «a trabajar» y llevar «orden» a las fábricas y a la ciudad. CGIL, CISL y UIL, frente a esta manifestación, declararon la «derrota» del movimiento obrero y procuraron cerrar «el litigio» obteniendo «algo» para los obreros. Pero los obreros, no obstante los golpes sufridos, el aislamiento y los continuos engaños por parte de los sindicatos oficiales en las negociaciones con la FIAT y el gobierno, resistieron. En las asambleas de fábrica del 16 de octubre, si bien los obreros votaron en contra del acuerdo presentado por los sindicatos y a favor de la continuación de la lucha, los bonzos sindicales salieron declarando que los obreros habían votado sí al acuerdo «en su gran mayoría».

El movimiento de huelga de la FIAT, traicionado por todos sus representantes oficiales –en primer lugar por CGIL, CISL, UIL y el PCI- termina con el desconsuelo generalizado. Gracias a los sindicatos colaboracionistas y el partido que se refería aún comunista, la FIAT vence fácilmente una batalla que podría haber hecho renacer en la clase obrera vigor y combatividad dedicados exclusivamente a la defensa de sus intereses de clase. Esto no sucedió y, a la obra devastadora del oportunismo estalinista y empresarial, se unió la obra de muchos grupos a la izquierda del PCI y de la CGIL (como Lotta Continua, Avanguardia Operaia, Autonomía Operaia, etc.) prisioneros del democratismo más impotente cuando no fascinados por la actividad de los grupos lucha armadistas, y por lo tanto incapaces tanto sobre el plano organizativo de las franjas obreras más combativas como en el terreno político precisamente por su congénita fe en la democracia.

que para los proletarios comenzó hace 35-40 años, también el puesto de trabajo «fijo» debía sufrir la misma suerte. Después de los golpes recibidos por el salario y por los horarios de trabajo, debía desaparecer para la gran mayoría de los proletarios la «garantía» del puesto de trabajo. Y desapareció.

Cierto, esto no significa que todos los proletarios, del primero al último, no puedan contar con alguna «garantía», con algún amortiguador social. Por ejemplo, entre aquellos que pueden todavía contar con un cierto número de «garantías» están los trabajadores de más edad, cercanos a la jubilación, para los cuales la burguesía adopta el método de dejarles ir de las fábricas y de las empresas sin mucho jaleo y esto porque se van sin realizar huelgas y luchas en las cuales involucrar a los más jóvenes que de hecho no tienen ninguna memoria de luchas, de cómo comportarse en las luchas y de qué cosa esperar de ellas. Los obreros más viejos tienen el recuerdo de las luchas del decenio que va desde 1.969 a 1.980, y podrían sentirse movidos a transmitir la experiencia, en lo que respecta al punto de vista clasista, a sus compañeros de trabajo más jóvenes. Una vez echados de la fábrica los viejos, quedan sólo los jóvenes, más inexpertos y en cualquier caso ya con condiciones peores. Para el colaboracionismo esto es una ventaja porque se trata de una clase obrera mucho más maleable.

Y esto también forma parte del empeoramiento generalizado de las condiciones no sólo de vida y económicas, sino también de lucha, del proletariado.

Pero la crisis capitalista, que en el periodo imperialista es crisis siempre de sobreproducción -es decir los mercados se saturan a causa de la enorme cantidad de mercancías que se lanzan a ellos- por aguda que sea, no anula otro fenómeno que caracteriza las relaciones de fuerza entre burguesía y proletariado: el fenómeno de la aristocracia obrera. Fenómeno ya conocido en los tiempos de Marx y Engels, la aristocracia obrera está constituida por aquellos estratos obreros que son deliberadamente privilegiados por la burguesía respecto al resto de estratos proletarios: y estos privilegios constituyen la base material del oportunismo y del colaboracionismo. Es uno de los modos de realizar la competencia entre proletarios y la división de la clase obrera en general.

Con el desarrollo del capitalismo y de los recursos puestos a su disposición, estos estratos de aristocracia obrera tienden a ampliarse porque, recurrentemente, existen estratos de la pequeña burguesía a los que la competencia del mercado coloca en crisis, proletarizándolos. La aristocracia obrera es aquella parte del proletariado que es más sensible al reclamo del interclasismo, que comparte el sentido de «pertener» a la sociedad burguesa de la cual recibe sus privilegios, que está dispuesta a defender la democracia, la economía capitalista, la competitividad de las empresas en las cuales trabaja, la patria que le asegura más que las otras la defensa de sus privilegios. Es la parte normalmente más instruida de la clase obrera, pero no por ello la parte más avanzada, sino todo lo contrario. Constituye la **parte más retrasada y reaccionaria de la clase obrera**, la parte que viene representada efectivamente por el sindicalismo tricolor y que asume la tarea social de influenciar directamente a los estratos proletarios en un sentido colaboracionista. Si una de las funciones asumidas por el colaboracionismo es la de hacer de policías «obreros», vestidos de obreros y que viven y trabajan

entre los obreros, esta función se desarrolla precisamente por los estratos de la aristocracia obrera que se hacen cargo de la defensa del orden constituido, de la jerarquía empresarial y, obviamente, sindical, de la legalidad y de la paz social. La aristocracia obrera, precisamente por sus posiciones sociales y por la dependencia que mantiene con los privilegios que recibe de la sociedad burguesa, absorbe con gran velocidad todos los prejuicios característicos de la pequeña burguesía, prejuicios que desembocan en el racismo, en las supersticiones, en la opresión femenina, en la violencia en la calle y en los estadios y, naturalmente, todos los prejuicios ligados al democratismo, al legalismo, al patriotismo, al nacionalismo.

La burguesía, por cuanto puede caer en las crisis económicas, tendrá siempre los recursos para forjar estos estratos de aristocracia obrera que le son preciosos para el control del proletariado desde el interior mismo de la clase proletaria.

SALIR DEL ENGAÑO

En el balance de la reunión de partido que recordábamos al inicio, escribíamos:

«El proletariado debía, y debe todavía, aprender, volver a aprender a luchar por sus propios intereses inmediatos porque ha perdido la experiencia viva, la capacidad, la memoria de cómo se lucha contra los patrones y su Estado, y ha perdido, sobre todo, la memoria de que toda lucha acaba pero que la organización de la lucha debe permanecer en pie. La confianza de parte del proletariado en organizaciones consideradas obreras como son los sindicatos tricolores oficiales, y la delegación en partidos supuestamente obreros, pero en realidad ultraburgueses, como son los partidos oportunistas falsamente socialistas y comunistas, de la visión política y del esfuerzo político por obtener resultados útiles a la propia lucha y a la propia causa dentro de esta sociedad, han significado para el proletariado de los países industrializados, y con mayor razón para el de los países atrasados, una renuncia de hecho, una renuncia profunda de la lucha de clase en favor de la colaboración interclasista».

Es desde este nivel de profunda renuncia de la lucha de clase que el proletariado debe partir. No estamos diciendo renuncia de la lucha en general, sino de la **lucha de clase**. Son cosas bien distintas. Durante años los proletarios han luchado, han continuado luchando, resistiendo como podían a la presión y a la opresión del capitalismo. Pero durante años los proletarios han luchado bajo la dirección del colaboracionismo, que les ha conducido a luchar con medios y métodos de la lucha democrática, legalista, pacifista, que por principio no pone nunca en discusión los intereses de los capitalistas y de la clase burguesa en su conjunto, que por principio no pone nunca en primer y exclusivo lugar los intereses de los proletarios. Los objetivos inmediatos, por ejemplo los ligados a las renovaciones de los convenios, de sector o de empresa, estaban siempre inmersos en el caldo de la conciliación entre las clases, de la «comunidad» de intereses entre proletarios y capitalistas. Cada vez más los intereses inmediatos del proletariado han sido colocados en un

segundo, tercer, cuarto o último plano, y cada vez más los intereses empresariales -por lo tanto los intereses de la patronal- han sido puestos, siempre, en primerísimo plano.

Las luchas obreras, precisamente porque se conducen sobre la vía del interclasismo, de la conciliación entre las clases, asumen de hecho un valor anti proletario; esto no quita que a través de ellas los proletarios no hayan llegado a obtener algunos resultados inmediatos: pero el gasto de energías y de sacrificios producidos para aquellos magros resultados es generalmente elevadísimo, hasta el punto de instalar entre los proletarios la idea de que con la lucha se pierde mucho más de lo que se podría ganar.

No sólo, por lo tanto, los objetivos de la lucha propuestos por los sindicatos tricolores, o por los partidos nacionalcomunistas, estaban fundamentalmente desviados de los intereses específicos del proletariado, sino que los mismos medios y métodos utilizados para lograr aquellos objetivos realmente descalificaban la misma lucha. Y por lo tanto en los casos en los cuales los sindicatos tricolores eran forzados a dirigir huelgas y luchas por la reacción decidida de grupos proletarios, esas mismas luchas no tenían ninguna posibilidad de convertirse en luchas de clase. El proletariado era, de esta manera, acostumbrado a luchar, a delegar la organización, la conducción y la finalización de la lucha a los profesionales de los sindicatos tricolores, es decir a aquellos que tenían la función de hacer fracasar la lucha obrera tanto en lo que a sus objetivos se refiere como en lo relativo a los medios de presión para obtener satisfacción para las demandas planteadas.

El colaboracionismo estaba obteniendo su principal resultado: alejar al proletariado del uso consciente e inteligente del arma de la huelga, hacer nacer entre los proletarios el disgusto por las manifestaciones y los cortejos, difundir en el proletariado la idea de que la defensa de sus propios intereses no sólo debía ser interpretada como defensa individual, sino que debía ser delegada por completo a las organizaciones sindicales tricolores, únicas reconocidas y aceptadas, por otra parte, por el patronato y el Estado como interlocutores.

De esta manera, los proletarios han sido arrojados, cada vez más, al engaño del individualismo, de la soledad y de la debilidad en los enfrentamientos con el patrón y el Estado. Si en un tiempo los proletarios confiaban los unos en los otros y marchaban juntos a la lucha, ahora ha cundido la desconfianza entre ellos y se ven empujados a desinteresarse de aquello que le sucede a su compañero de trabajo más próximo. ¿Muere un obrero por los gases respirados en una cisterna, o triturado en uno de tantos engranajes, o cayendo de un andamio? Se continúa trabajando, como máximo se hará un minuto de paro... Hasta este punto ha sido reducido, por el oportunismo, el sentimiento de solidaridad que siempre ha distinguido a la clase obrera.

Sobre el terreno político, el colaboracionismo ha desarrollado una función paralela a la del colaboracionismo sindical. Ha continuado desarrollando la ilusión en el sistema democrático y parlamentario, contando con el hecho de que el proletariado -cada vez menos clase para sí y cada vez más clase para el capital- se fíe cada vez más de su Estado y de sus instituciones (prefectura y magistratura) como garante de los derechos de los trabajadores, tanto como lo es de los derechos de los empresarios, y delegue en los ayuntamientos, instituciones provinciales, regionales o centrales la solución de los problemas

derivados de los enfrentamientos entre trabajadores y empresarios. Lo que no se resuelve a nivel empresarial, podría encontrar una sede «neutral» -la de la administración pública o la prefectura- en la cual los intereses «comunes» entre empresarios y trabajadores encontrarían la mejor solución.

Este engaño evidente, porque el Estado y sus instituciones no son nunca organismos neutrales por encima de las clases, sino que son expresiones precisas de los intereses de la clase dominante, perdura y echa raíces, pese a que miles de proletarios han verificado a través de su experiencia directa que no es otra cosa que una mentira. Pero, en ausencia de cualquier forma organizada de defensa clasista y proletaria, y en el perdurar durante décadas de la práctica colaboracionista, es «natural» que cada individuo-proletario, sólo contra el mundo, busque una ayuda o una protección de las que se le ofrecen, junto a la contrapartida, por parte del colaboracionismo, del cura, del empresario mismo, del usurero o del mafioso.

La renuncia a la lucha de clase es provocada por una profunda resignación frente al dominio inapelable de los patrones, frente al enorme peso que la burocracia ha asumido cada vez en mayor grado, frente a las continuas desilusiones que luchas impotentes no podían sino producir, frente a una serie interminable de pequeñas y de grandes derrotas sobre todos los terrenos: sobre el político y revolucionario, sobre el económico y de resistencia a la presión capitalista, sobre el de la organización de defensa y de la solidaridad obrera, sobre el de la más elemental defensa de las condiciones de vida y de trabajo.

El movimiento proletario, a nivel internacional, está muy atrasado respecto a los niveles alcanzados en los años de la revolución bolchevique y de la Internacional Comunista de Lenin. Ha perdido sustancialmente la capacidad de reaccionar ante el apabullamiento del capital aún sólo sobre el terreno de la mera defensa de la vida. Aturdido por la locura productiva del capital y por la toxicidad de la democracia, por lo tanto completamente desorientado, se ha entregado sin combatir a sus verdugos, en las fábricas, en la vida cotidiana, en los campos de guerra. ¿Podrá salir de esta situación?

EL FUTURO DE LA CLASE PROLETARIA ESTÁ EN LAS MANOS DE LA PROPIA CLASE PROLETARIA.

Ninguna otra clase podrá jamás facilitarle la tarea de emanciparse del juego del trabajo asalariado. Del plusvalor y por lo tanto de la explotación del trabajo asalariado, todas las clases poseedoras existentes en la sociedad burguesa extraen sus privilegios y el motivo fundamental para defender con todos los medios la conservación de esta sociedad. Con la caída del poder burgués a causa de la victoria revolucionaria del proletariado, cada una de estas clases se precipitaría en la condición de sin reserva porque perdería, antes o después, la propiedad sobre los medios de producción y sobre la producción misma y cualquier posibilidad de acumular dinero o productos. La historia de la lucha entre las clases, y el ejemplo de la revolución victoriosa en Rusia, lo ha demostrado, ha hecho ver que las cosas serían de esta manera. Por ello, estas clases son histórica y necesariamente **antiproletarias**. Lo son de manera

evidente y armada en el periodo revolucionario o bajo la dictadura abierta y declarada de la burguesía como en el fascismo; lo son de manera menos evidente y más insidiosa en el periodo de la expansión económica y de la democracia. Cuanto más difundida está la democracia, más posibilidades tienen las clases poseedoras de mistificar sus intereses y objetivos reales, induciendo al proletariado a no reconocer los antagonismos de clase que surgen de la misma realidad del modo de producción capitalista.

Dada la situación de fortísimo atraso en la cual se encuentra el proletariado, el occidental en particular, y su sumisión a la suerte que la competencia del mercado le reserva, es difícil imaginar cómo este mismo proletariado podrá retomar en sus manos su propio futuro cuando no es capaz de controlar ni siquiera su propio presente. Pero la historia de las clases está hecha por la historia de las generaciones; la historia del proletariado está hecha por las generaciones de proletarios que recorren el largo y arduo camino de la lucha de clase volviendo a comenzar desde el punto más bajo al cual le han relegado las derrotas. El engaño en el cual se ha precipitado el proletariado después de la derrota del asalto revolucionario de los años 1.917-1.927 es directamente proporcional al peligro de muerte que la clase burguesa internacional, en cuanto clase dominante sobre todo el planeta, sufrió en aquel decenio. Es cierto que el proletariado saldrá del engaño en el cual ha caído, como es cierto que la clase burguesa y su sociedad capitalista no durarán toda la eternidad.

SON LAS PROFUNDAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO LAS QUE EMPUJAN AL PROLETARIADO A LA LUCHA DE CLASE.

Existen escuelas de pensamiento que se pretenden de izquierda que han dado por liquidada a la clase obrera; hay quienes han llegado incluso a sostener que la clase obrera ya no existe. Existirían «trabajadores», concepto que englobaría desde el emprendedor millonario a los proletarios con el trabajo más precario; existirían «ocupados» y «no ocupados», «ricos» y «pobres», «afortunados» y «desafortunados», «vivos» y «muertos». La ideología burguesa tiene todo el interés en cancelar las diferencias entre clases, en negar la lucha entre las clases, en negar los antagonismos entre las clases; ella hace depender todo de la voluntad de las personas («querer es poder...»), de la consciencia que cada uno desarrolla («la toma de consciencia» es la base de la civilización) y, naturalmente, de la... fortuna. El sueño americano: partir de nada y llegar a la cumbre de la riqueza, ¿ese es el *leitmotiv* de esta sociedad!

Pero la realidad profunda de la sociedad capitalista es bien diferente. Limitándose a la superficie, a ver lo que la propaganda burguesa quiere hacer ver, tomando por buenos los prejuicios que recubren las ideas que la sociedad burguesa se hace de sí misma, entonces no hay dudas: la potencia técnica y económica de la presente sociedad capitalista es tal que puede dar lugar a cualquier tipo de mejora, de la vida del hombre como del ambiente en el cual vivimos, basta con ser conscientes de ello y quererlo. Cualquier cosa, cualquier «exageración», cualquier superación de la «convivencia civil», cualquier tipo de codicia de dinero y de riqueza, cualquier fenómeno de degeneración puede

ser resuelto: ¡basta tener consciencia de ello y quererlo!

Que el rico sea menos rico y que dé algo de su riqueza al pobre, y que el pobre esté menos desesperado y que sea menos violento, que pida civil y democráticamente al rico ser menos pobre. Que las guerras acaben, que se resuelva la tragedia de los miles de hombres constreñidos a la miseria y al hambre, que la explotación del hombre por el hombre sea menos bestial, que los criminales se arrepientan y que lo hagan también los capitalistas. La ideología burguesa de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, querida por los burgueses revolucionarios, ha dejado su puesto a la ideología de la bondad, de la consciencia civil, del desarrollo sostenible, de la caridad. Cuanto más se desarrolla la sociedad capitalista en términos tecnológicos y de capacidad productiva y cuanto más el exceso productivo llena los mercados de productos de cualquier género (cada vez más inútiles y dañinos para la vida), más «progresan» la sociedad burguesa y más reaccionaria y conservadora se vuelve su ideología. Por lo tanto tiende necesariamente a aplanar todo enfrentamiento, todo conflicto, todo problema social sobre el plano del mercado, de ese mercado del que depende completamente su vida. Así que todo debe girar en torno a las exigencias del mercado, todos los recursos disponibles, materiales y humanos, deben ser utilizados en función del mercado; todo, no importa si es «legal» o «ilegal», si es «honesto» o «deshonesto», debe referirse al Dios Mercado. Frente al Dios Mercado todos somos iguales. No hay burgueses o proletarios, sólo compradores y vendedores: todos «trabajan» para vender, todos «trabajan» para comprar. La vida y la muerte dependen del mercado. Quien puede vive y quien no... muere.

Pero la realidad del modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa levantada sobre él es mucho más compleja de cuanto quiere mostrar la burguesía.

Las contradicciones fundamentales del capitalismo no podrán ser resueltas por el capitalismo mismo por la simple razón de que es su modo de producción el que las genera y regenera continuamente. Cuanto más se desarrolla el capitalismo, más se desarrollan y se agudizan estas contradicciones; que son de orden económico, social y político.

La anarquía del mercado no podrá ser resuelta nunca por la planificación productiva de ninguna empresa o del conjunto de las empresas porque lo que gobierna el desarrollo del capitalismo y por lo tanto el mercado mismo, es la competencia que cada empresa le hace a las demás. Los enfrentamientos inter estatales e inter imperialistas no podrán nunca ser resueltos por los gobiernos burgueses porque cada gobierno defiende los intereses específicos del capitalismo y del imperialismo «nacional», y tales intereses se enfrentan sobre el mercado con una competencia que se vuelve cada vez más aguda y despiadada en la medida en la cual los capitalismos más fuertes se enfrentan con otros capitalismos más fuertes para acaparar cuotas de mercado más consistentes.

Los antagonismos sociales entre burguesía y proletariado no podrán nunca ser resueltos en la sociedad burguesa por la simple razón de que es precisamente sobre el antagonismo que opone la burguesía al proletariado -es decir, los poseedores de los medios de producción y de los productos opuestos a los

productores- que se rige el dominio social de la burguesía, gracias al cual el dominio de esta puede continuar extorsionando cantidades inconmensurables de plustrabajo de la fuerza de trabajo asalariada.

Las guerras comerciales, la guerra sucia sobre todos los frentes, las crisis cíclicas, los contrastes perennes que oponen a unas fracciones burguesas contra otras por el control de los recursos materiales y financieros de cualquier país, son la demostración continua de la imposibilidad por parte burguesa de resolver los problemas que la misma sociedad burguesa produce. El desarrollo «sostenible» del capitalismo es como mucho una utopía, como lo es el fin de las guerras y la superación de las diferencias sociales en la sociedad burguesa.

Esto no quita que la burguesía aparezca como una fuerza «invencible» y que su sociedad aparezca como la única «posible». Pero es la misma burguesía con su política antiproletaria la que revela no sólo la existencia de los antagonismos de clase en su sociedad, sino la necesidad de la lucha entre las clases. La burguesía, sobre la experiencia de centenares de años de dominio social, ha sacado una lección histórica: su interés preciso reside en actuar en los enfrentamientos con el proletariado de manera preventiva, antes incluso de que el proletariado manifieste su fuerza de clase, que le permitiría luchar contra la burguesía sobre el mismo terreno del enfrentamiento de clase sobre el cual esta actúa mistificando este hecho a los ojos de los proletarios.

Es por ello que la política colaboracionista, muy adaptada al control social en la situación en la cual el proletariado está **ya** plegado a las exigencias del capitalismo, debe precisamente ser llevada a cabo por **obrer**os si se quiere que sea lo más eficaz posible. Y aquí la aristocracia obrera encuentra su papel.

Pero por mucho que la burguesía haga maniobras para embriar a las masas proletarias y para atontarlas con la eficacísima droga de la democracia, no logra nunca dominar a esta masa en todos los momentos y en todos los lugares. Y no lo logra porque no logra dominar y controlar todas las contradicciones económicas y sociales que aparecen en su sociedad continuamente. Es de hecho a causa de estas contradicciones que en determinados lugares, en ciertos momentos, en particulares situaciones, grupos proletarios rompen el telón de acero que el colaboracionismo ha construido para tenerlos sometidos a las exigencias del capital, para actuar tendencialmente sobre el terreno de clase, es decir, sobre el terreno de la defensa intransigente, y violenta, de sus propios intereses inmediatos. Y aquí encuentran su papel las fuerzas del oportunismo, las fuerzas que en los diversos periodos se presentan a los proletarios más combativos como la alternativa organizada al colaboracionismo y a la presión patronal, pero que en realidad no salen del cuadro de la sociedad capitalista y de sus leyes económicas y por tanto atan a los proletarios que les siguen en las manos del colaboracionismo. Como sucedió en la década de 1970-1980.

El proletariado, dada la serie tremenda de derrotas de la cual debe salir, no tendrá el camino fácil. La reanudación de la lucha de clase, y por tanto la reaparición del proletariado en la escena como protagonista de su futuro y de la historia, no tendrá lugar después de un lento y gradual movimiento de luchas y de huelgas. Ni mucho menos tendrá lugar a través de una lenta y gradual «toma de conciencia» de sus intereses inmediatos e históricos.

Dado el gran control social que la burguesía ejerce a través de muchas

fuerzas a su disposición (Estado, escuela, ejército, partidos, sindicatos, iglesias, asociaciones de categoría, culturales, de voluntariado, deportivas, instituciones laicas y religiosas...) los grupos proletarios más combativos están inevitablemente expuestos a ser desviados, instrumentalizados, desnaturalizados por una o más de las fuerzas de la conservación social, tanto más si se visten con los trajes de la simple rebeldía o del revolucionarismo callejero. Por ello es muy improbable que estos grupos proletarios tengan la posibilidad de madurar su experiencia clasista lejos de las injerencias del colaboracionismo tricolor y del oportunismo de todo tipo.

La reanudación de la lucha de clase tendrá lugar a través de **explosiones sociales, estallidos imprevisos de rabia proletaria**, episodios de lucha «sindical» transformados en **enfrentamientos callejeros**. La marcha hacia ella no será gradual y progresiva, sino que se realizará a trompicones, con avances llenos de coraje y reflujos en el gris cotidiano, con duros enfrenamientos con las fuerzas de la conservación y con retornos a la calma social. En estos episodios, en estas explosiones sociales, los proletarios deberán «recuperar» decenios de inactividad clasista, deberán saber reconocer a los aliados y a los enemigos, deberán saber huir de las trampas de los miles de enemigos a los que la sociedad burguesa lanzará contra ellos, deberán aprender a luchar por sí mismos, por su propia clase y por sus propios intereses. Y deberán aceptar el hecho de que otros proletarios, más atrasados o simplemente a sueldo de la patronal, reaccionarán contra ellos y deberán por lo tanto ser combatidos con la misma determinación.

Los proletarios están y siempre estarán empujados, llegado un cierto punto, a responder a los abusos de los patronos, de la burocracia y de la policía, porque su vida cotidiana se volverá insostenible y no habrá otro medio que unirse y luchar contra estos abusos, contra la presión de la burocracia y contra la represión de la policía: **unirse y organizarse** para defenderse y para defender la vida de sus propias familias, de sus propios hijos. La lucha de clase que el proletariado llevará a cabo es la lucha obrera que reconoce el antagonismo profundo que divide a los proletarios de las otras clases sociales y que acepta el terreno del enfrentamiento abierto y declarado sobre el cual los intereses de los proletarios no son ya conciliables con los intereses de los burgueses o de los pequeño burgueses. La lucha de clase que el proletariado hará será la lucha que deberá necesariamente hacer para no sucumbir completamente en la miseria, en el hambre, en la desesperación de la guerra: será la lucha por la vida que los modernos esclavos asalariados estarán constreñidos a llevar a cabo por ellos mismos, contando sólo con sus propias fuerzas, contra todos los demás estratos sociales que para mantener sus privilegios clavarán sus garras cada vez más profundamente en las carnes del proletariado hasta traspasar el límite de lo soportable.

No decimos que la reanudación de la lucha de clase, el periodo histórico en el cual el proletariado internacional se colocará sobre su terreno con objetivos, medios y métodos de clase, se tenga que iniciar necesariamente gracias al proletariado europeo. El proletariado europeo ha escrito la historia del movimiento obrero moderno, ha escrito páginas gloriosas de lucha revolucionaria, consignando al proletariado internacional la teoría revolucionaria por excelencia: el marxismo. Pero no se puede esconder que 80 años de contra

revolución y de intoxicación nacionalista y democrática hayan reducido hoy a este proletariado a una sombra de lo que fue. El esfuerzo que el proletariado europeo deberá hacer para reconquistar el terreno de la lucha de clase deberá ser notable; pero en cualquier caso deberá hacerlo, so pena de ser reducido a una esclavitud aún más bestial de aquella en la que se encontraba el proletariado inglés de comienzos del siglo XIX y del cual habla Engels en su famoso estudio.

La «globalización», como los periodistas gustan de llamar hoy al mercado mundial de marxiana memoria, produce por otro lado un efecto benéfico para el proletariado europeo: reduce los beneficios de los cuales disfrutaba a través de los súper beneficios de su propia burguesía imperialista y por lo tanto le vuelve un poco menos seguro, con menos garantías respecto a los periodos precedentes; y le coloca al lado de millones de proletarios de jóvenes generaciones provenientes de las antiguas colonias, de los territorios de ultramar, del llamado Sur del mundo. Los proletarios del Sur del mundo han sufrido la presión imperialista sobre sus países -la destrucción de su economía pre capitalista y a la vez la miseria y el hambre creciente por la falta de desarrollo capitalista- y por ello llegan a las metrópolis opulentas del capitalismo internacional donde buscan un trabajo y la supervivencia. Pero al mismo tiempo no han sufrido las mismas dosis de democracia que los proletarios europeos sí han padecido; y esto les coloca en las condiciones objetivas de tener menos prejuicios legalistas y pacifistas, menos frenos frente a la lucha aunque esta sea muy dura. Los proletarios europeos que han enseñado al mundo qué cosa es el comunismo y la necesidad de la revolución proletaria, tienen hoy algo que aprender de sus hermanos de clase del Sur del mundo, como ayer de sus hermanos de clase rusos: aprender a luchar contra enemigos aparentemente invencibles.

Pero este «paso del testigo» al proletariado de los países del Sur del mundo no garantiza seguridad a ningún proletario del viejo continente. Aquí, en el viejo continente, en la Europa que ha dado a luz el modo de producción capitalista y la victoria revolucionaria de la burguesía, que ha visto nacer al proletariado moderno, a sus primeras tentativas revolucionarias y de dictadura proletaria, la teoría revolucionaria del comunismo, aquí en Europa se decidirá la suerte de la victoria revolucionaria en el mundo.

El asalto revolucionario que siguió a la Primera Guerra imperialista fue llevado a cabo y concluido victoriosamente en la gran reserva de la contra revolución reaccionaria y zarista que era Rusia; pero no se extendió al corazón del capitalismo mundial, en Europa Occidental, y por lo tanto no tuvo la posibilidad de vencer a la verdadera fuerza de la contra revolución burguesa que eran los grandes países capitalistas europeos de la época: Inglaterra, Francia, Alemania. Y por ello el proletariado revolucionario fue finalmente batido, derrotado, lanzado al abismo de la opresión salarial. Las «dos mitades» del socialismo, como afirmaba Lenin -es decir, la dictadura proletaria victoriosa en la Rusia atrasada y la economía capitalista avanzada de Alemania- no se unieron; el proletariado alemán y el proletariado ruso no lograron unir su gran fuerza de clase en único bastión revolucionario, poniendo de esta manera las bases concretas de la victoria revolucionaria en todo el mundo.

El asalto revolucionario de mañana, en condiciones similares de un

movimiento proletario internacional en ascenso, del proletariado de un país en fuerte crecimiento desde el punto de vista de la experiencia en la lucha de clase y en las tentativas revolucionarias, presencia e influencia de un fuerte partido comunista revolucionario, podría nuevamente ser llevado y victoriosamente concluido en otra reserva periférica de la contra revolución burguesa, como China, Turquía o Brasil. Pero si no se extiende al corazón del capitalismo mundial, en Europa occidental o en los Estados Unidos de América, la posibilidad de victoria de ese proletariado llegado victoriosamente al poder, será muy difícil.

Imaginar la revolución proletaria contemporánea en países capitalistas más avanzados es una utopía. Aunque el movimiento de reanudación de la lucha de clase, y tanto más el desarrollo del movimiento proletario revolucionario, siga un curso materialmente determinado. El desarrollo desigual del capitalismo en el mundo, que con el paso del tiempo acusa las distancias y las diferencias entre los pocos países capitalistas avanzados -y jefes del mundo- y los muchos países capitalistas atrasados y débiles, determina inevitablemente un curso igualmente desigual del desarrollo del movimiento proletario. No necesariamente simétrico -como mostró el proletariado parisino de la Comuna de 1871, mucho más avanzado políticamente que el proletariado inglés, es decir el país capitalista más avanzado en términos absolutos en la época; y como demostró aún mejor el proletariado ruso del Octubre de 1917, mucho más avanzado políticamente que el proletariado de los países europeos o americanos, es decir, de los países capitalistas más avanzados en términos absolutos en la época.

Por ello no podemos excluir que la reanudación del movimiento de clase y revolucionario del proletariado internacional pueda tener lugar en un país de la periferia del capitalismo imperialista. Pero esto no excluye, por otro lado, que la suerte del movimiento de clase y revolucionario del proletariado internacional se decida en los ganglios vitales del capitalismo, en las metrópolis imperialistas; por ello el proletariado europeo, el proletariado americano y el mismo proletariado japonés, precisamente porque forman parte de los países que dominan la economía mundial, y por lo tanto el mundo, tienen sobre sus espaldas la responsabilidad histórica de la victoria final de la revolución comunista. En particular el proletariado europeo, alemán, francés, italiano, ruso, por el aporte de lucha e histórico dado a la revolución comunista, tienen objetivamente una tarea de mayor responsabilidad porque pueden remitirse históricamente a tradiciones revolucionarias más profundas y por lo tanto más fértiles para el movimiento revolucionario futuro.

La reanudación de la lucha de clase, por lo tanto, no podrá no pasar a través del proletariado europeo. Y por reanudación de la lucha de clase entendemos un **movimiento de clase**, un movimiento formado por organizaciones proletarias de clase independientes del colaboracionismo tricolor, de su política y de sus aparatos; un movimiento en condiciones de influenciar de manera determinante a las masas proletarias y de actuar en la perspectiva de defender intransigente y exclusivamente los intereses inmediatos y generales del proletariado; un movimiento que a su vez pueda contar con la presencia y con la acción de un fuerte y compacto partido comunista revolucionario gracias al cual las perspectivas proletarias puedan asumir el nivel de perspectivas históricas, por lo tanto no sólo anti burguesas y anti capitalistas, sino revolucionarios en el

sentido más profundo y autoritario del término.

Los comunistas, aquellos que no se limitan a declararse de acuerdo con las tesis marxistas sino que trabajan según los dictados del marxismo y según los balances históricos y políticos de las revoluciones y de las contra revoluciones, tienen tareas fundamentales que desarrollar también en un periodo, como el actual, de aguda ausencia de lucha clasista por parte del proletariado. Lejos de permanecer indiferentes a la vida proletaria y a los problemas de la defensa inmediata de las condiciones de vida y de trabajo proletarias, los comunistas revolucionarios dedican el máximo de sus energías a la reconstitución del partido de clase, del futuro partido comunista mundial. Sabemos que no podrá haber una efectiva reanudación de la lucha revolucionaria por parte del proletariado sin la aportación del partido de clase.

Este partido condensa al mismo tiempo las experiencias históricas de los movimientos proletarios de clase y los balances históricos y políticos de las revoluciones y de las contra revoluciones; este partido manifiesta el grado más alto de conciencia de clase del proletariado internacional y lo hace a través de la posesión de la teoría marxista, de los principios y del programa del comunismo, de las líneas políticas, tácticas y organizativas fundamentales, gracias lo cual representa en el hoy el futuro del movimiento proletario de clase, hasta la revolución, la conquista del poder, el abatimiento del poder burgués, la instauración de la dictadura proletaria, el ejercicio de esta dictadura y la guía de la guerra revolucionaria internacional para la victoria de la revolución en todo el mundo, hasta la transformación económica de la sociedad actual en socialismo y, por lo tanto, en comunismo, en la sociedad en la cual habrán desaparecido completamente las clases, en la sociedad de especie.

Este partido, para actuar, no espera que el proletariado haga todo el camino de maduración revolucionaria; no se dedica a la simple prédica del comunismo a las conciencias, una por una, con la ilusión de poder alcanzar la maduración revolucionaria del proletariado a través del convencimiento cultural; no utiliza expedientes de tipo táctico y organizativo con la ilusión de «acelerar» el curso de la reanudación de la lucha de clase o, peor, de la revolución, ni mucho menos para acercar a sus filas a un número mayor de prosélitos; no se hace dictar por la situación la línea política a seguir y la táctica a aplicar, ni se hace dictar por las diversas realidades nacionales programas políticos diversos de aquel que le define desde su formación. Este partido, aun debiendo dedicar la mayor parte de sus energías a la confirmación teórica del marxismo, a la valoración política de los advenimientos que son relevantes para el curso del capitalismo y de los enfrentamientos inter imperialistas y a la relación de fuerzas entre burguesía y proletariado en los diversos periodos históricos y países, a la propaganda del comunismo y de su línea política, al proselitismo, está siempre dispuesto a aprovechar cualquier grieta que las contradicciones económicas y sociales del capitalismo abren para intervenir y llevar su palabra, sus acciones y sus indicaciones al proletariado y a todos aquellos elementos a los que las mismas contradicciones materiales empujan a romper con el colaboracionismo interclasista y con el oportunismo, para abrazar la causa del comunismo.

Es clara la previsión acerca de que no podrá haber una verdadera reanudación de la lucha de clase si no es en presencia de nuevas asociaciones obreras de

defensa inmediata -organismos de lucha proletarios independientes del colaboracionismo tricolor, del Estado y de todas las instituciones de la conservación social- el partido de clase, pese a estar reducido como hoy a un pequeño grupo de militantes, reconoce (y en la medida de sus fuerzas lleva a la práctica) que es necesario su aporte no sólo político sino también práctico para que las tentativas de organización clasista, aún mínimas, puedan tener la posibilidad de producir experiencias concretas en los proletarios que participan en ellas; estas experiencias constituyen y constituirán cada vez más la base de la confianza proletaria en sus propias fuerzas. El partido de clase no podrá, de hecho, obtener la confianza de las masas el día de mañana si no ha practicado de manera continua y coherente una actividad en estrecho contacto con la clase obrera y con los problemas de su lucha de defensa inmediata.

Orientación práctica de acción sindical

Premisa

Al condensar aquí las orientaciones de consignas de nuestra acción práctica en campo sindical, no se pretende agotar el tema ni fijar límites definitivos.

Coherentes con los puntos programáticos de nuestras *Tesis sindicales* de 1972, estas son concebidas como una serie de respuestas a problemas de exigencias *elementales* de los trabajadores con atención particular a las condiciones *de hoy*: ninguno es, sin embargo, neutro, en cuanto tiene como punto de referencia los intereses de la clase y de la lucha de clase y se coliga a problemas de exigencias permanentes de ambas, que la crisis actual no ha creado sino sólo agravado.

A su vez, las reivindicaciones no son presentadas como *límites* por debajo de los cuales rechazásemos batirnos o directamente promover o dirigir luchas parciales, siendo conscientes de que en determinadas ocasiones no sólo no seremos capaces de lograrlas sino que nos encontraremos con la necesidad – en consideración de las relaciones de fuerza y el grado de desarrollo del movimiento real- de replegarnos sobre objetivos *colocados sobre la misma línea y tendencia* pero más *limitados*, como es inevitable en las vicisitudes de la lucha económica.

Por otra parte, la adaptación de estas directivas a la enorme variedad de los problemas particulares y de las situaciones locales, se fía –sobre su huella como sobre aquella de los principios generales del partido- a la «sensibilidad» y reactividad de los militantes y de las secciones y particularmente de aquellos que trabajan en fábricas y que, aislados o miembros de algún grupo ligado al partido, desarrollan sus tareas de militantes en estrecho contacto con la base proletaria. Quedan excluidos de las consideraciones que siguen los miles de casos en los cuales los militantes revolucionarios, en la fábrica o en el sindicato, se encuentran forzados a moverse sobre un terreno «elegido» no por ellos sino por las organizaciones oportunistas y deben batirse para asegurar *posiciones ventajosas para la clase* aún en tal ámbito infiel.

En fin, las indicaciones se dirigen específicamente a dirigir y a disciplinar y uniformar la actividad de los grupos sindicales o de fábrica *del partido*, pero

La primera traducción de estas orientaciones apareció publicado en «El proletario» n° 5 (Octubre de 2014), n° 6 (Marzo de 2015) y n° 7 (Julio-Septiembre de 2015).

por su contenido y por los métodos de lucha reivindicados son accesibles a *todo* proletario de vanguardia que, en la ciudad o en el campo, se rebele por instinto contra el juego del oportunismo y esté ansioso de defender las condiciones de vida, de trabajo y de lucha de su clase. Dan por ello, por un lado, el necesario enganche a *las condiciones* para la superación de los *límites* de la lucha puramente *económica* y del paso a la lucha *política* revolucionaria; por otro lado, la *base* de un frente proletario en el vasto campo de las luchas reivindicativas contra el frente unido de la burguesía y del oportunismo.

La crisis y el frente unido burgués-oportunismo

La existencia del capitalismo en sí no es más que una sucesión de crisis periódicas en las que todas las contradicciones acumuladas por el modo de producir capitalista estallan más o menos violentamente. En el libro primero de *El Capital*, Marx describe este ciclo que, de manera ineluctable, se reproduce con todas sus consecuencias para la clase obrera.

Así las crisis no son «accidentes» periódicos en la vida del capital; le *son inherentes y necesarias*, como la respiración a la vida humana. Ellas reducen regularmente a humo las ventajas que el capital, dándose aires en los periodos de expansión, «garantizaba» a la clase obrera; las crisis hacen de la incertidumbre y la inestabilidad la situación *normal* de la clase obrera, agravando sus condiciones sucesivamente ya que siempre desembocan en los despidos y el paro de una parte de los proletarios añadida a la política de bajos salarios general. Como quiera se valoran el alcance actual y sus probables desarrollos en un futuro cercano, la crisis en la que hoy se debate el modo de producción capitalista ve formado el frente de la burguesía y el del oportunismo político y sindical en contra de la clase obrera.

Para salir del hoyo, el régimen capitalista debe comprimir el salario real y reducir el empleo, y al mismo tiempo, esforzarse en aumentar la intensidad y la productividad del trabajo, racionalizar la producción y potenciar el aparato de administración para la clase dominada.

Puede hacerlo si, con migajas y una nube densa de promesas aptas a tornar menos duros los sacrificios presuntamente exigidos «a todos los ciudadanos» para la «salvación común» en pro de grandiosos planes de inversiones «selectivas» y de reformas estructurales, consigue adormecer a la clase obrera. Y aquí está el punto de conexión entre oportunismo y burguesía.

El oportunismo al frente de los partidos «obreros» y de las grandes organizaciones sindicales, capaz de un control de las masas casi totalitario, asume, dentro de unos límites, el defender a los proletarios de las repercusiones más inmediatas y estridentes de la crisis, mas esta defensa la subordina a las exigencias propias de la salvación y reactivación de la economía nacional y de sus estructuras institucionales y políticas y con esta perspectiva ofrece a

la clase dominante sus servicios de mediación y asesoramiento, hasta llegar incluso a la cogestión, invirtiendo la lucha y el combate de clase en un «careo» civil con el patronato y el gobierno en vistas al lance de cualquier «nuevo modelo de desarrollo» presentado como ancla de la salvación del «país» y con este de su «componente obrero». El resultado es que las luchas de clase se paralizan y se invita a los obreros a obtener una mejora de su suerte no de la *lucha* directa sino de organismos de arbitrio instituidos por la sociedad burguesa, a todos los niveles, con fines de conservación social; triturándola en polvo de pleitos y reivindicaciones corporativas desiguales y parciales aun cuando pueden existir las condiciones para su unificación y al nivel político de las reformas y de las presiones sobre el gobierno para obtenerlas, interesando al proletariado, directa o indirectamente en la «gestión» de la economía y más generalmente del país. Por esto los sindicatos deben sacrificar al «diálogo» todo medio de lucha directa del proletariado, aunque ellos, de palabra, no renieguen de ella.

La auténtica defensa, aunque sólo sea de las condiciones elementales de vida y de trabajo de la clase obrera, no es posible sin quebrantar aquella auténtica correa de transmisión de los intereses capitalistas en el seno del proletariado: el oportunismo. *Cuanto mayor es la influencia de los reformistas entre los obreros, tanto son estos más importantes, tanto más dependen de la burguesía, tanto más fácil es para esta reducir, con diversos subterfugios, las reformas a nada. Cuanto más autónomo es el movimiento obrero, profundo y amplio de perspectivas, cuanto más libre está de la mezquindad del reformismo, tanto mejor pueden los obreros consolidar y utilizar las mejoras aisladas»* (Lenin)

En las garras de la crisis

Con el doble látigo del estancamiento y la inflación, la crisis agrava las ya precarias condiciones de la clase obrera. Esta presión se ejercita a todos los niveles, no dejando de lado ni a la parte de los estratos relativamente «aventajados» de la clase, aunque se abate con acendrada violencia sobre aquellos más inseguros y peor retribuidos. En las diversas formas en que la crisis se desarrolla, se mostrará que las exigencias de la defensa del proletariado son generales y comunes en el acto en que –en las mismas frases de advertencia de los gobernantes- se revelan y siempre se revelarán más antitéticas a las exigencias generales y particulares de supervivencia de la economía capitalista. Verdad es que la satisfacción de *alguna* de estas necesidades implica la intervención reformadora del Estado. No por ello los revolucionarios rechazan en absoluto y por principio las reformas, si bien se denuncia la contradicción y el intento de conservar el estatus quo y las rechazan en cuanto van dirigidas a perfeccionar el mecanismo de explotación de la fuerza de trabajo y, en vez de ser el resultado de una presión enérgica de la clase obrera *sobre* el Estado y fuera de él, supongan –como en las líneas maestras del oportunismo- la

creciente integración de sus órganos de clase tradicionales, los sindicatos, en el aparato central de administración de la burguesía.

Para la prosecución de las reivindicaciones, aún las más elementales del proletariado es condición indispensable que este, desligándose de la letal tutela del oportunismo, vuelva a hacer suyas sus *armas de lucha específicas* volviendo a dar a la huelga su naturaleza y genuina función de *arma de guerra contra el capital*, envilecida hoy a instrumento marginal de blanda presión en la larga cola de los pactos en el vértice.

El arma fundamental: la huelga

Reivindicación primaria es el arma fundamental: la huelga proclamada *sin aviso, sin límite de tiempo, con la mayor extensión posible*, no subordinándola en sus varias formas a las llamadas «exigencias superiores del país» nunca interrumpida durante las negociaciones, sobre las que además debe ejercerse el control incesante de los trabajadores para romper con la costumbre, puesta por los oportunistas, de tratar con los patronos sobre objetivos que nada tienen que ver con los de los obreros haciendo que la vuelta al trabajo dependa de criterios completamente extraños a los de la satisfacción de las peticiones propuestas y del valorar la relación real de fuerzas.

En la huelga, como un aspecto de la guerra de clases, hay que anudarse a la sana tradición de las *cajas de resistencia* como arma de la lucha, arma que los sindicatos han abandonado o de la que excluyen a los obreros más combativos; y a pesar y contra las mentirosas proclamas por la «libertad del trabajo» lanzadas vergonzosamente por los dirigentes sindicales, es indispensable que los proletarios vuelvan a hacer suyos los medios de lucha más radicales para combatir la intervención de los esquirols, utilizando los *piquetes* de modo más eficaz, también para responder del mejor modo posible a los ataques de «grupos» legales e ilegales. Finalmente, se debe rechazar la práctica frecuente que degrada la huelga a inocua manifestación e intenta «sensibilizar a la opinión pública» preocupada de no llevar los disturbios a la «ciudadanía» como requieren las «buenas maneras» del oportunismo y orientarla hacia la solidaridad *de todos* los trabajadores de la ciudad y del campo en una constante y potente llamada a la solidaridad entre ellos.

A esta solidaridad, a través de un trabajo constante de propaganda y agitación en sus filas (como en el plano reivindicativo) debe llamarse *a los proletarios encuadrados en el ejército* que, como se ha visto en muchas ocasiones, el Estado utiliza sin dudar contra los huelguistas en el sector público.

Entendida de esta manera, la huelga, como todas las reivindicaciones, es propuesta tanto en los sindicatos como *fuera* de ellos. *En ellos* ejerciendo presión sobre sus dirigentes a fin de que la realicen demostrando –si pueden– *con hechos* la «seriedad de sus profesiones de adhesión a la causa e intereses de los trabajadores. Para ello se incidirá, más que sobre las descoloridas

asambleas sindicales, sobre las asambleas obreras que sean lo más amplias y abiertas posibles, donde se siente de manera más directamente los impulsos combativos de la «base». *Fuera de ellos* en las filas de la clase obrera y en los organismos inmediatos que surjan en el curso de la lucha, en su preparación o en su prolongación: comités de huelga, colectivos, coordinaciones obreras, etc.

Donde existan las condiciones, los revolucionarios participarán en estos organismos espontáneos para reforzar su autonomía de las direcciones sindicales oportunistas, para mantener el carácter «abierto» a todos los trabajadores sea cual sea su afiliación política, para dirigir la actividad en el sentido de la lucha de clase, sin elevarlos aún a fetiches o a sustitutos de las más vastas organizaciones de oficio o industria, sabiendo que sólo el desarrollo posterior del movimiento real podrá decidir sobre la cuestión de si la reapropiación de estos últimos deberá y podrá llegar como reconquista desde dentro, aún por la fuerza, o como reconstitución ex novo.

Por la defensa del salario real

A las catastróficas consecuencias de la inflación galopante, que presiona sobre el salario cuya media es ya baja y cuyas diferencias entre sus extremos son considerables, hay que oponer la ratificación de que el salario no está ligado al volumen de la producción, al nivel de la productividad, o al grado de instrucción de la clase obrera, sino que está determinado por la compleja acción y reacción de factores económicos como la demanda y la oferta de mano de obra y de la relación de fuerza entre las clases. Ningún dispositivo o medida podrá nunca proteger el salario de la anarquía de la producción, de los cambios en las relaciones de fuerza entre los sectores diversos, de las fluctuaciones de la coyuntura, de la constante presión que el capital ejerce sobre el trabajo. Ni criterios de calificación, ni rastrillos judiciales o barreras legislativas, jurídicas o de convenio, ningún mecanismo de escala móvil, ninguno de los dispositivos cuyo efecto y tendencia constantes son el integrar los sindicatos en los órganos arbitrales y de conciliación y dar a la clase obrera ilusiones acerca del papel del Estado.

Los obreros pueden resistir a esta presión sólo en la medida en que consiguen superar la competencia recíproca, esto es, el usar *su propia fuerza, que deriva de su unión en la lucha contra la burguesía*.

Por esto, las reivindicaciones de aumento de salario, deben derivar sólo de las necesidades por defender las condiciones de lucha y de vida de la clase trabajadora y tender, por esto, a mejorar la calidad y a apretar sus filas.

Además, la política de los sindicatos que, fingiendo aceptar y llevar adelante la reivindicación –popular entre grandes sectores de trabajadores– de igual aumento para todos *la desnaturalizan completamente* sea pidiéndola bajo forma de premio en vez de aumento (lo que equivale a dejar este último a

merced de las presiones del capital), o reivindicándola como a cuenta para los futuros convenios. Esta política hay que combatirla.

1) Para ello la lucha se plantea en el sentido de *fuertes aumentos de salarios, más fuertes para las categorías peor retribuidas*, con el triple fin de *reaccionar al aumento del coste de la vida, de contrarrestar la división creada por las cualificaciones entre los obreros*, y para consentir el *rechazo de las horas extraordinarias* a los que en plena crisis los proletarios se ven sometidos si quieren poder comer y cenar.

2) Con todas las reservas en cuanto a lo adecuado de los cálculos de las necesidades de la familia obrera media, la consigna del aumento de los salarios base, en sentido inversamente proporcional a las cualificaciones, va completada (sin perjuicio de cuánto se deberá exigir en un futuro próximo) con la reivindicación de *¡Ningún salario inferior a los 1.500 euros netos!*

3) Hoy los costes de los transportes, de los servicios, de la casa pesan mucho sobre el salario. Los planes de reformas lanzados por el oportunismo tienden únicamente a favorecer las inversiones públicas y privadas y a mejorar las «infraestructuras» de la economía nacional; por otra parte la ocupación de viviendas sin alquilar –elementales formas de reacción proletaria al peso de la política de réditos- está destinada antes o después a ser absorbida por el oportunismo o a encerrarse en sí misma por falta de salidas, a pesar de las teorizaciones de grupos de extraparlamentarios a la caza de formas «alternativas» de defensa obrera. La respuesta verdadera al grave problema es buscada en una lucha fuera de los pasteles parlamentarios y para gubernamentales por la reducción de las *tarifas y los alquileres y los transportes gratuitos para ir al trabajo* y en la constitución de organismos a propósito para llevarla a fondo, sin olvidar nunca que, como señalaba Marx, se trata de una lucha *desigual* si está aislada de aquella que se libra por las dos reivindicaciones *cruciales* de la lucha de clase en la visión marxista: el aumento de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo.

4) El salario está cada vez más amputado por descuentos que van a alimentar de una manera u otra las cajas del Estado y una parte de los cuales es «restituida» a los asalariados tomando como base criterios que la mayor parte de las veces y a pesar de todas las proclamas demagógicas sobre la «solidaridad», agravan ulteriormente la situación de los estratos más explotados de la clase obrera.

El movimiento obrero tiene como reivindicación de principio el que todos los gastos cuyo origen son las enfermedades, el paro, la pensión de vejez, los pluses familiares o las funciones del Estado, sean cargados a la clase capitalista y su Estado: *supresión de cualquier descuento del salario; ningún impuesto sobre la ganancia del obrero, máscara democrática del impuesto*

sobre el salario.

El aumento de las prestaciones sociales y el mantenimiento de su paridad con el movimiento de los salarios deben ser reivindicados para permitir a los obreros el prescindir de costosos seguros complementarios.

¡POR UNA ASISTENCIA SOCIAL PAGADA POR EL PATRÓN!

Por la reducción de la jornada de trabajo.

Un objetivo primordial y permanente del movimiento sindical, como lo es la defensa del salario, es la reducción del tiempo de trabajo. Luchando por la jornada de 8 horas es como el movimiento obrero internacional ha librado sus primeras grandes batallas económicas. Desde entonces, las condiciones de explotación y productividad han aumentado en una medida tal que, para compensar el creciente peso que el capitalismo descarga sobre los hombros de la clase obrera, haría falta reducir por lo menos a 4 horas la jornada de trabajo. Pero hoy la ausencia de un movimiento de clase con gran aliento impide proponer un objetivo de este género a escala internacional. Lo que no excluye que, para Europa, se pueda poner la reivindicación de la duración del trabajo bajo esta forma:

- **Semana de 35 horas con el máximo salario y dos días de descanso.**
- **Jornada máxima de 7 horas diarias con el mismo salario.**

El alto nivel de industrialización que ha alcanzado el capitalismo contemporáneo no impide que continuamente se batan récords en lo referente a la duración de la jornada de trabajo, en comparación con otros países capitalistas. Si el letargo del movimiento obrero se refleja en esta situación, la misma representa sobre todo la *traición de las perspectivas clasistas* por obra de las direcciones sindicales y políticas que desde hace décadas manejan el movimiento obrero inculcando en él ideas que la burguesía sabe apreciar como garantía de la paz social y del orden, como son las ideas socialpacifistas y socialpatrióticas.

Está claro que, al hablar de las 35 horas, no nos oponemos a las 40 horas. *Las queremos como reivindicación inmediata* y, para obtenerlas, hay que utilizar las armas de clase del movimiento obrero. Y en esto va contenido que hay que librar una lucha sin cuartel contra el oportunismo de los bonzos sindicales y de todos los que aceptan las ideas y las prácticas con el pretexto de que la clase trabajadora no puede y no quiere pedir más.

La reivindicación de la semana de 35 horas va acompañada de aquella de *reducción de los horarios suplementarios para trabajos pesados o insalubres y mayores limitaciones para la jornada de trabajo de los menores de 20 años y las mujeres embarazadas*; además de la reivindicación

de un horario reducido para los trabajos ininterrumpidos y el trabajo continuo, para de esta manera ir hacia la supresión completa del trabajo nocturno.

Allí donde el trabajo se hace sin interrupción es necesario luchar para que la pausa de la comida, fijada por lo menos en una hora, venga calculada como tiempo de trabajo, y aún contra los calendarios de reducción

EN DEFENSA DE LOS DESPEDIDOS, LOS DESOCUPADOS Y LOS PENSIONISTAS

La dependencia del INEM, los despidos, la desocupación (que afecta especialmente a los jóvenes y a las mujeres) están a la orden del día. Para los asalariados que lo sufren, y a los cuales se ofrece por parte de los sindicatos y del gobierno la compensación de una mítica «garantía del salario» deben valer como reivindicaciones de principio las siguientes:

-salario íntegro para los despidos. Que corra a cargo de los patrones y del Estado y sin límite temporal

-salario íntegro en caso de reducción del tiempo de trabajo

-salario mínimo de 1000 euros para todos los trabajadores que estén buscando empleo

Las reivindicaciones consignadas no contradicen la respuesta general de los obreros ocupados ante la expulsión de sus hermanos del proceso productivo (preludio, por otra parte, de la suya propia):

NO A LOS DESPIDOS

Esta consigna tiene validez *de principio* en tanto indicación general de lucha y llamamiento a la solidaridad de clase. Pero se desnaturalizaría si se la transformase en objetivo práctico a lograr *en cualquier situación y con cualquier medio*. Es por eso que la lucha contra los despidos va ligada a la denuncia del objetivo ilusorio de una «puesto de trabajo garantizado» en el régimen capitalista.

Logre, o no, impedir los despidos, la presión proletaria debe prolongarse en una solidaridad activa y organizada de los desocupados hacia los desocupados en todas las manifestaciones y episodios de la lucha de clase de los cuales tanto unos como otros forman parte inseparable, y acompañarse tanto de la

lucha contra los jefes reformistas que ignoran a los desocupados considerándoles como «sub proletarios», como de la reivindicación del

DERECHO DE LOS DESOCUPADOS A PERMANECER EN EL SINDICATO Y A PARTICIPAR EN LA ACCIÓN REIVINDICATIVA, LAS ASAMBLEAS Y LAS HUELGAS.

Tal solidaridad debe encontrar su punto de coordinación natural en órganos territoriales.

La reivindicación del salario integral, como la del derecho a permanecer en el sindicato debe aplicarse también a los *pensionistas* que el capital precipita a la miseria social y económica después de haberles explotado y consumido, con el cínico grito de «paso a los jóvenes».

CONTRA TODAS LAS DISCRIMINACIONES

La lucha del conjunto de los trabajadores contra las discriminaciones, en el terreno salarial o normativo, que son sufridas especialmente por determinadas categorías obreras, en tanto permite superar las divisiones perpetradas por la burguesía, es una condición de la defensa colectiva de toda la clase y de su unidad.

1) DEFENSA DE LOS TRABAJADORES INMIGRANTES.

La *igualdad de trato* en el puesto de trabajo y fuera de este debe ser reivindicada sin reservas, reaccionando con el máximo vigor a las manifestaciones más o menos veladas de racismo de las cuales los inmigrantes son víctimas.

2) DEFENSA DE LA FUERZA DE TRABAJO FEMENINA Y JUVENIL.

Los obreros varones tienen el deber de apoyar la consigna de:

Ninguna discriminación de salario y situación entre hombres y mujeres.

A su vez, los obreros adultos deben luchar **en defensa de los obreros recién incorporados** que no deben ser sometidos a un régimen diferente de salarios.

3) **NINGÚN CONTRATO TEMPORAL**, que permite camuflar los despidos y vuelve particularmente vulnerables a los inmigrantes, los jóvenes, las mujeres y, por ejemplo, a los asalariados agrícolas o a los albañiles, cuyo empleo es normalmente estacional.

4) **DEFENSA DE LOS TRABAJADORES SUBCONTRATADOS.**

Los principios arriba mencionados sirven para la categoría de los trabajadores de las subcontratas, una de las más marginadas (también sindicalmente). Sus condiciones de vida y de trabajo deben ser colocadas al nivel de aquellas de los trabajadores de las empresas matrices por las cuales son explotados si bien indirectamente (*el mismo contrato para todo el grupo*).

Correspondencia

España: Apdo. Correos 27023 - 28080
Madrid

Italia : Il Comunista - C.P. 10835 -
20110 Milano

Francia : Programme - B.P. 57428 -
69007 Lyon Cedex 07

Suiza : La dirección está siendo
modificada. Para contactar escribir a la
dirección de Lyon.

Visita el sitio del Partido :
www.pcint.org

Email :
elprogramacomunista@pcint.org

Para conocer nuestras publicaciones:
consulte nuestra página internet

Ediciones «el programa comunista»

